



TORRE
AZUL

MANUEL BELGRANO

La pasión como bandera

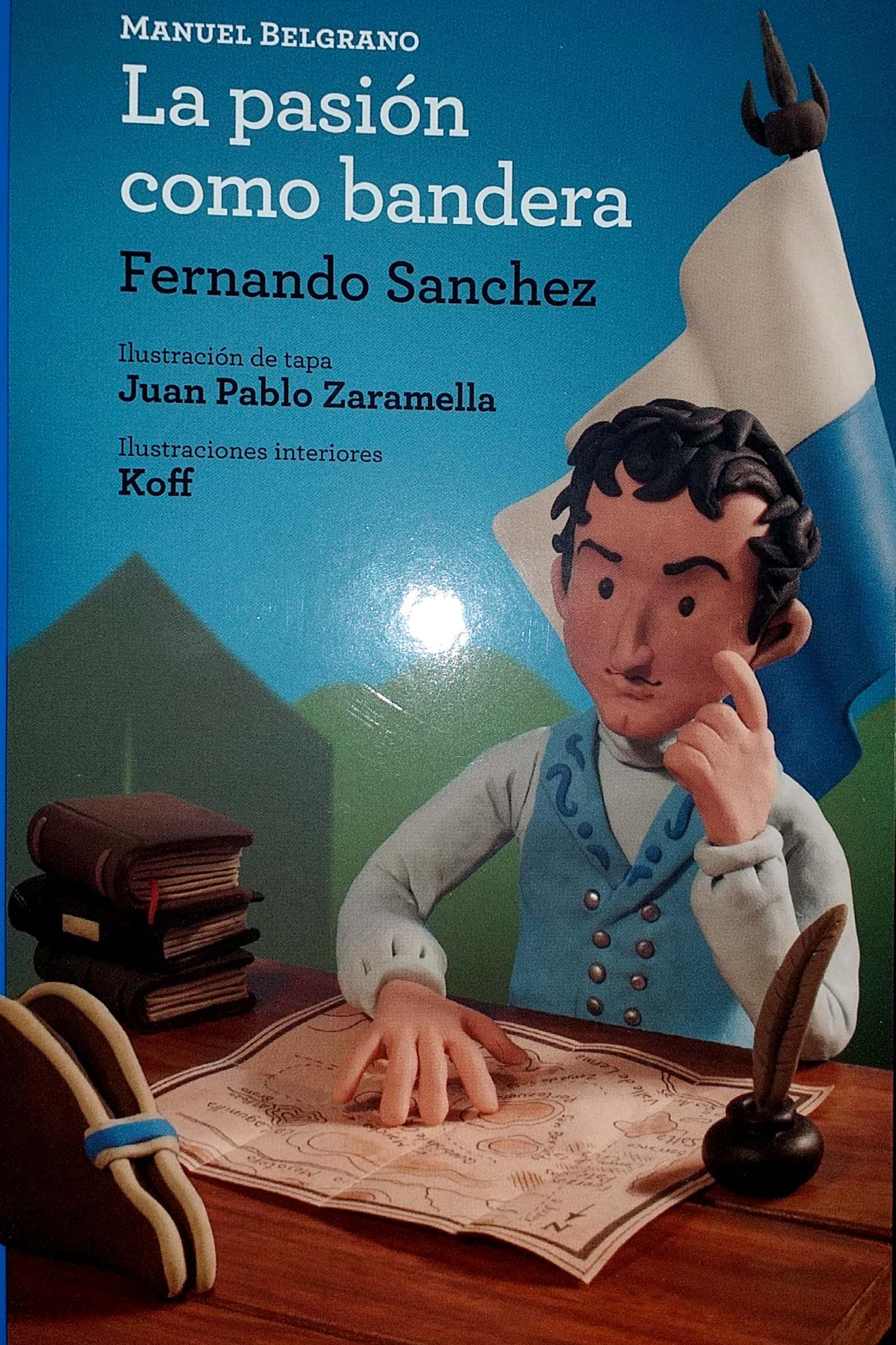
Fernando Sanchez

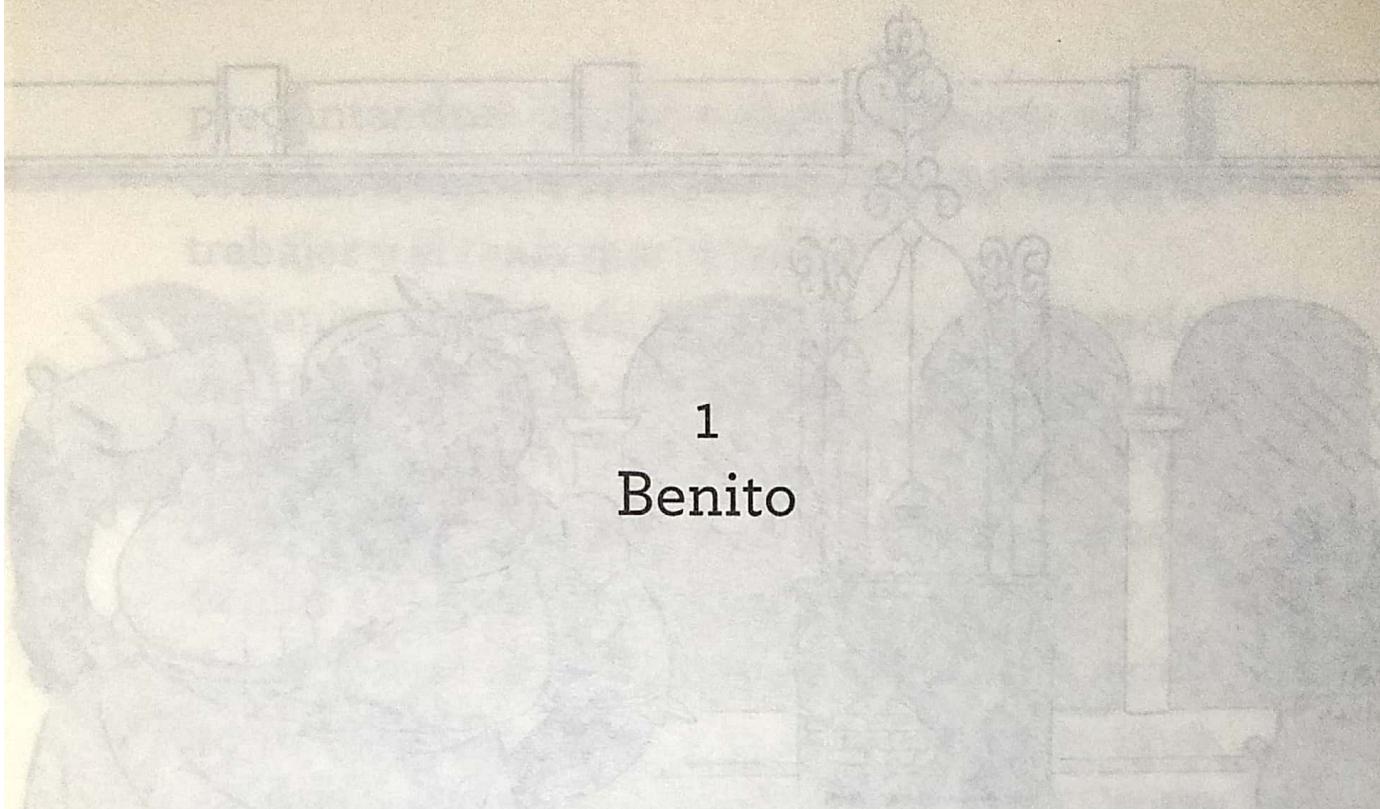
Ilustración de tapa

Juan Pablo Zaramella

Ilustraciones interiores

Koff





1

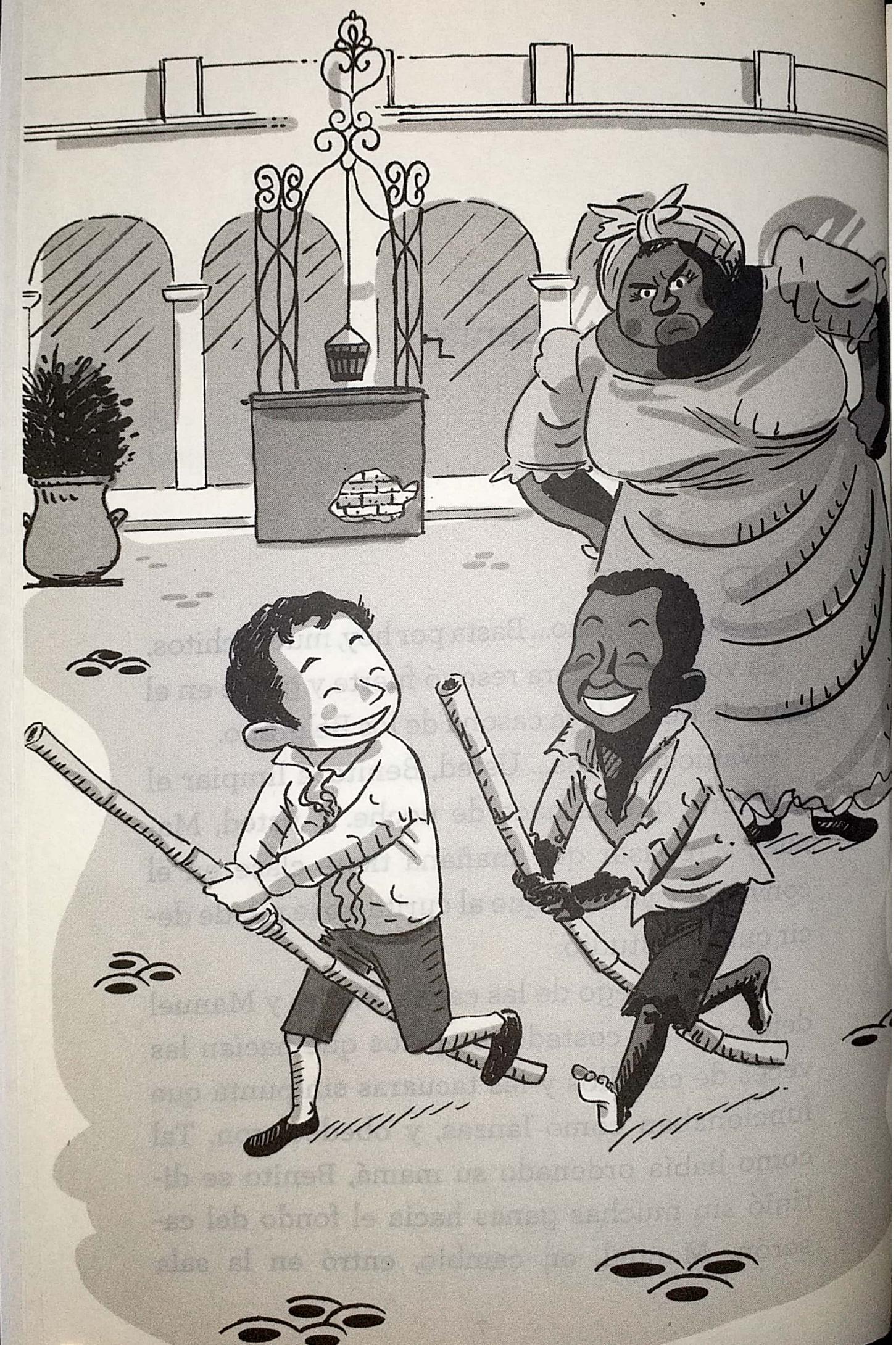
Benito

—Bueno, bueno... Basta por hoy, muchachitos.

La voz de Teodora resonó fuerte y grave en el patio de tierra de la casona de los Belgrano.

—Vamos, vamos... Usted, Benito, a limpiar el gallinero, que se hace de noche. Y usted, Manuel, a repasar que mañana tiene clase en el convento y ya sabe que al curita no le puede decir que no estudió.

Adiós al juego de las cañas. Benito y Manuel dejaron a un costado los palos que hacían las veces de caballos y las tacuaras sin punta que funcionaban como lanzas, y obedecieron. Tal como había ordenado su mamá, Benito se dirigió sin muchas ganas hacia el fondo del caserón. Manuel, en cambio, entró en la sala



preguntándose otra vez algo que hacía rato le costaba comprender: ¿por qué Benito tenía que trabajar y él tenía que estudiar?

Benito era hijo de Teodora, una de las esclavas de la familia, y él, uno de los hijos del amo, don Domingo Belgrano Pérez. Pero no por conocida, la respuesta lo dejaba tranquilo. ¿Acaso Benito y él no eran iguales?

Los dos se divertían con los mismos juegos, tenían la misma edad y se reían de las mismas bromas. Está bien, Benito tenía la piel marrón oscura y rulitos bien pero bien negros, y él, los ojos celestes y la piel clara, casi blanca. ¿Pero era eso suficiente para llevar vidas tan pero tan distintas?

En la Buenos Aires de 1777, sí.

2

Papá Domenico

Manuel llevaba siete años viviendo en esa casa, ubicada al 430 de la calle Santo Domingo¹, apenas a tres cuadras de la Plaza Mayor².

Había nacido allí mismo el 3 de junio de 1770. En los registros parroquiales lo anotaron como Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús Belgrano. Lo bautizaron al día siguiente, tal como correspondía en una familia muy religiosa.

Su papá era italiano.

—*Il mio nome è Domenico Belgrano Peri.*

—Pero en castellano se dice “Domingo Belgrano Pérez”, así que lo vamos a anotar así —fue

1. Hoy, Avenida Belgrano.

2. Hoy, Plaza de Mayo.

la respuesta que recibió don Domenico en la oficina de migraciones en Cádiz, España, adonde llegó a los 19 años desde Oneglia, una ciudad del norte de Italia, en la provincia de Liguria.

Con el sueño de desarrollarse como comerciante, en 1751 don Domingo se subió a un barco junto a su primo Angelo Castelli. Tras varias semanas atravesando el océano Atlántico y mirando el mar infinito, llegaron juntos a Buenos Aires, una pequeña ciudad con no más de veinte mil habitantes que por entonces todavía formaba parte del Virreinato del Perú³.

53 Domingo no arribó al Río de la Plata con las manos vacías; traía con él un permiso de la Corona de España para importar productos fabricados en Europa, un privilegio del que gozaban muy pocos en Buenos Aires. Así fue como pudo instalarse y crecer hasta convertirse en poco tiempo en uno de los comerciantes más prósperos de la ciudad. La compra y venta de plata, yerba, cueros y tejidos redituaba mucho a fines del siglo XVIII en lo que los europeos denominaban “las Indias”. Y como el comercio de esclavos estaba permitido, el papá de Manuel

.....
3. El Virreinato del Río de la Plata se creó en forma provisional el 1º de agosto de 1776, y de manera definitiva el 27 de octubre de 1777, por orden del rey Carlos III de España.

también traía personas de África y las vendía en América, como fuerza de trabajo. Algunas de ellas trabajaban y vivían en su casa.

Como todos los niños y las niñas de su clase social, Manuel pasó su infancia rodeado de esclavos.

Pero a diferencia de la mayoría de esos chicos y chicas, a Manuel le resultaba raro que las cosas fueran así como eran.

3

Mamá Josefa

La mamá de Manuel se llamaba María Josefa González y Casero. Había nacido en Buenos Aires, pero su familia procedía de Santiago del Estero y tenía antepasados españoles y guaraníes. Se casó con Domingo en 1757, y a partir de entonces, el diálogo más escuchado en la casa de los Belgrano fue el siguiente:

—Domingo, querido, tengo que decirte algo.
—Dime, amada María Josefa.
—Estoy embarazada.

En aquellos años era habitual que las familias tuvieran muchos hijos; entre otras razones, porque la mortalidad infantil era muy alta. En el caso de los Belgrano, Manuel tuvo quince hermanos, de los cuales tres no llegaron a la adultez.

La mayor era María Florencia. Después vinieron Carlos José, José Gregorio, María Josefina Juana, Bernardo Félix José, María Josefina Anastasia, Domingo José Estanislao, Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús (o sea, Manuel), Francisco José María, Joaquín Cayetano Lorenzo, María del Rosario, Juana María, Miguel José Félix, María Ana Estanislada, Juana Francisca Josefina y Agustín Leoncio José.

Y aunque los niños y las niñas para alimentar eran muchísimos, en esa casa no faltaba nada. De modo que todos pudieron educarse y seguir una carrera. Todos los varones, claro, porque en aquellos años no había ninguna posibilidad de que las mujeres pudiesen estudiar.

—¿Y por qué las niñas no tienen que ir a la escuela?

—No es que no *tenemos* que ir, Manuel. No *podemos*.

Las preguntas se amontonaban en la cabecita del pequeño Manuel. Y las respuestas de su madre seguían sin convencerlo.

Entre hermanos, hermanas, criadas y criados, Manuel aprendió a leer y a escribir un poco en su casa, ayudado por su mamá, y un poco en Santo Domingo, un convento que quedaba muy cerca. Más tarde, ingresó y se graduó en el Real

Colegio de San Carlos⁴, como correspondía a todos los muchachitos de la aristocracia porteña, y a los 15 años, su padre lo subió a un barco y lo envió a España. En Madrid lo esperaba su hermana María Josefa, que se había instalado allí junto a su marido español, José María Calderón de la Barca, y en cuya casa había lugar para alojarlo.

Manuel viajó con el propósito de estudiar Leyes en Salamanca. Pero los libros que devoró no hablaban solamente de Derecho. Y algunas de las preguntas que se había hecho cuando era chico comenzaron a hallar respuestas.

.....
4. Antecesor del actual Colegio Nacional de Buenos Aires.

Un cargo real

—Ha llegado una misiva oficial. Es para ti, Manuel.

María Josefa estaba intrigada por saber qué decía esa carta para su hermano. No era habitual que en su casa de Madrid tocara a la puerta un mensajero del gobierno.

Sin moverse del escritorio, Manuel buscó un señalador para marcar la página de *El contrato social*, el libro de Jean-Jacques Rousseau⁵ que estaba releyendo, tomó el cortapapeles de

5. *El contrato social: o los principios del derecho político*, de Jean-Jacques Rousseau (Suiza, 1712-1778), publicado en 1762, es un tratado sobre filosofía política que parte de la libertad y la igualdad de los hombres como base para convivir bajo un Estado instituido a través de un contrato social. Se lo considera uno de los textos fundadores del liberalismo e inspirador de la Revolución Francesa.

plata, quitó el lacre y desplegó la hoja medio amarillenta.

—¿Y...? ¿Qué dice? ¡Vamos, Manuel! No juegues a las intrigas conmigo.

—Tranquila, mujer... Si no me dejas mirar, ni tú ni yo nos enteraremos de qué se trata.

Manuel leyó en silencio.

—Bueno, parece que tendremos novedades.

La ansiedad de María Josefa fue más fuerte que ella.

—¡Como hermana mayor, te ordeno que me digas qué dice ese bendito papel membrado!

—¿Exiges?

—Bueno... ¿Suplico? Por favor, Manuel...

—Pues no dice nada especial. Es solo una cita-
ción para una entrevista con el ministro de Ha-
cienda español.

—¿Y para qué, se puede saber?

—No, no se puede porque no lo dice. Ojalá sea para algo bueno.

—¿Tendrá algo que ver con nuestro padre?

—Calma, Pepa. En un par de días lo sabremos.

María Josefa no tuvo otro remedio que espe-
rar. Manuel, en cambio, tenía cierta sospecha.

Hacía tiempo que residía en Madrid, en la
casa de su hermana y su cuñado. Había pasa-
do por las universidades de Salamanca y de

Valladolid, donde fue condecorado con la medalla de oro al recibirse de bachiller en Leyes. Además, había obtenido un permiso papal para acceder a libros que estaban prohibidos para el común de los católicos, como los de Montesquieu, Voltaire y Adam Smith. Al latín que había aprendido en la escuela le sumó el francés, el inglés y el italiano. Se había interesado especialmente por las nuevas teorías económicas. Y había seguido con enorme atención lo ocurrido en 1789 durante la Revolución Francesa. Manuel había descubierto todo un mundo de pensamientos novedosos; valores como la libertad, la igualdad y la fraternidad aparecían una y otra vez en sus lecturas y, naturalmente, en sus reflexiones. Y gracias a su cuñado, José Calderón de la Barca, pudo entablar buenas relaciones con personajes más o menos cercanos a la Corona. Por eso, que el gobierno español le ofreciera el puesto de secretario perpetuo del flamante Consulado de Comercio de Buenos Aires no lo tomó realmente por sorpresa.

Era esa la razón por la que el ministro de Hacienda lo había citado. El gobierno de España confiaba en él para velar por sus intereses comerciales en un virreinato fundado apenas diecisiete años atrás. Le proponía ser el

responsable en su ciudad natal de la oficina que se encargaría de fomentar el comercio, la agricultura y la industria en la colonia, otorgándole poder para dirimir pleitos entre comerciantes y administrar cuestiones aduaneras. No era un cargo menor.

Al volver de la entrevista, otra vez en lo de su hermana, Manuel contó la buena nueva. En quien primero pensó María Josefa fue en don Domingo, su padre.

—Ay, Manuel. Qué noticia... Me apena pensar en que te irás, pero debo reconocer que también me alivia saber que allá podrás encargarte en persona de la situación de nuestro padre. Lo último que sabemos de él es que sigue incomunicado. No está en la cárcel, pero no puede salir de la casa. Y mamá está ocupándose de todo.

Los problemas de Domingo Belgrano con la ley a causa de ciertas irregularidades en su actividad comercial no solo lo habían condenado a la pérdida de la libertad: también habían llevado a la familia a la ruina.

—Tienes razón, Pepa. Quizás estando en Buenos Aires pueda contribuir a acelerar ese proceso judicial.

La decisión estaba tomada. Manuel suspendió el viaje que tenía previsto para recorrer Italia,

decidió postergar su proyecto para recibirse de doctor en Leyes y compró el primer pasaje que consiguió con destino a la América del Sur.

Pero Manuel no pensaba solamente en su padre. Joven, apuesto, culto, seductor y con vínculos influyentes, no estaba dispuesto a abandonar para siempre su anhelo de convertirse en experto en Derecho en España, únicamente por razones familiares. Volvía para desempeñarse en una oficina clave en el comercio entre la península y el Río de la Plata, y tenía planes muy concretos para la tierra donde había nacido.

Era 1794. Estaba cruzando otra vez el Atlántico, ahora en sentido contrario. Sus nueve años en Europa habían llegado a su fin.

En alta mar

—Es así, querido Manuel. Las monarquías, tal como las conocimos cuando éramos niños, son cosa del pasado. Esas tiranías ya no se sostienen.

—Pasé unas semanas en París y el clima allí es de gran efervescencia. Tuve la sensación de que en ese lugar se estaba gestando el futuro.

—Francia y América del Norte están marcando el camino. Tarde o temprano, la república se impondrá en todos lados.

El caballero parisino viajaba a Buenos Aires por negocios, y por las mañanas se cruzaba en cubierta con Belgrano. Los días se hacían eternos a bordo del buque español, y cualquier desconocido podía convertirse sin mucho preámbulo en compañero y confidente.

Con la vista fija en el horizonte y dejándose llevar por el monótono vaivén de las olas, Manuel pasaba horas enteras conversando en francés.

—“Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos...

El joven no pudo terminar la cita. Manuel era capaz de repetirla de memoria.

— ... y las distinciones sociales solo pueden fundarse en la utilidad común”, claro que sí —completó Manuel con una sonrisa cómplice.

Hacía apenas cinco años que la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano⁶ había sido aprobada por la Asamblea Nacional Constituyente⁷ francesa. Para los jóvenes inquietos como Manuel era un texto de cabecera.

6. Documento fundamental de la Revolución Francesa.

7. Primera asamblea constituyente de Francia, proclamada el 9 de julio de 1789.

Barro patrio

No desembarcó en un puerto porque no lo había: como todos los que arribaban a la capital del Virreinato del Río de la Plata desde el mar, una vez que el buque ancló a las puertas de la ciudad, tuvo que subirse primero a un bote y después a un caballo para acceder a la costa. Un poco en carreta de ruedas grandes y un poco chapoteando en el agua, Manuel puso nuevamente pie en barro americano. Si en ese momento hubiese podido tomar nota, habría escrito en su bitácora: “Esta ciudad necesita un puerto de inmediato”.

El joven Belgrano llegó a Buenos Aires con mucho más que valijas llenas de libros y algo de ropa. Llegó con la cabeza repleta de ideas.

Lo primero que hizo fue reencontrarse con su familia y ponerse al tanto de la situación de su padre. Don Domingo ya estaba muy enfermo. Afortunadamente había sido absuelto por el virrey Arredondo, pero poco más de un año después moriría sin la riqueza que había amasado a lo largo de su vida.

Manuel trabó buena relación con Juan José Castelli, un primo seis años mayor que se había doctorado en Leyes en Chuquisaca. Aunque había egresado del Colegio Nacional de Montserrat de Córdoba, era parte del círculo de jóvenes porteños acomodados que habían accedido a algunos de los libros prohibidos que fascinaban a Manuel. En Juan José, el flamante y entusiasta funcionario recién llegado de Europa, encontró un par con quien compartir amigos, tertulias y hasta el puesto de secretario en el Consulado, dado que era el elegido para reemplazarlo cuando Manuel se enfermaba.

Mientras estudiaba en Córdoba, Juan José siempre se había mantenido informado acerca de lo que sucedía en Buenos Aires, su ciudad natal; conocía muy bien a la sociedad porteña. Por eso no se sorprendió cuando, tras las primeras reuniones con los miembros del Consulado, Manuel se mostró indignado:

—¡Pero, Juan José! ¡Cómo es posible! ¡Casi todos los comerciantes que trabajan aquí son españoles que solo saben del monopolio con Cádiz! ¡Compran allá por cuatro y venden acá por ocho!

—¡Y qué te creías, hombre! —le respondía su primo—. Vas a tener que ser más astuto si no quieras que esta gente te devore.

En poco tiempo, Manuel descubrió cómo se desarrollaban las cosas de este lado del mundo. Al igual que en los años de éxito de su padre, la economía del Río de la Plata seguía dependiendo de un puñado de europeos cuyo único interés era el de sus propios bolsillos. Con un agregado clave: el contrabando no paraba de crecer. También se dio cuenta pronto de que ese monopolio trababa las posibilidades de desarrollo de la cada vez más numerosa población criolla.

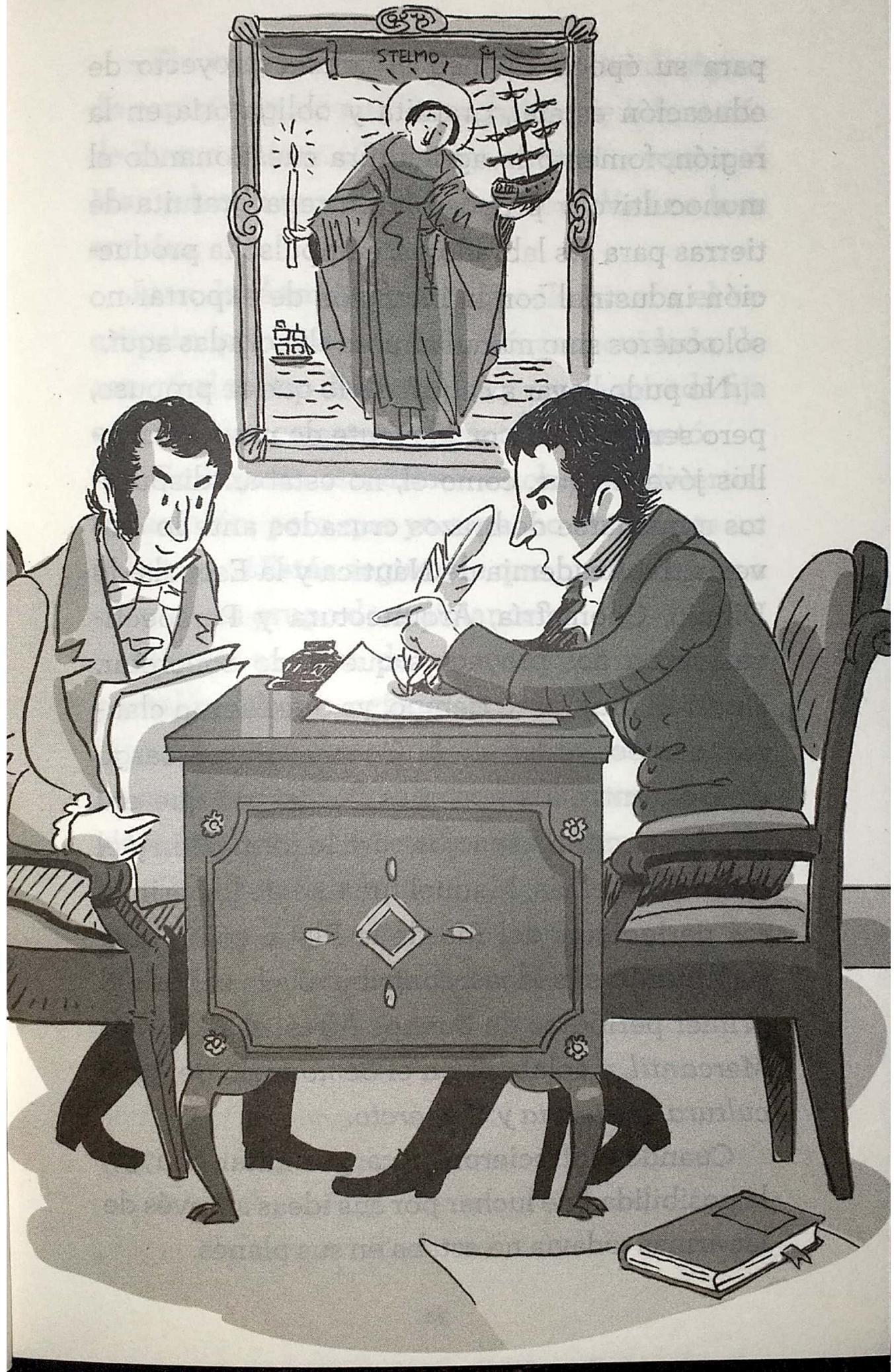
Y si bien se suponía que su cargo de secretario del Consulado se limitaba a llevar las actas de las sesiones de la Junta de esa institución, la correspondencia y el archivo, lo que le empezó a interesar fue otra cosa. El Virreinato del Río de la Plata requería modernizarse y crecer, y él rápidamente se dispuso a trabajar... o, mejor dicho, a lidiar con quienes monopolizaban

el comercio de la región, que primero lo miraron con incredulidad y después, con decidido rechazo.

Por otro lado, Manuel quería abrir los mercados para que no solo los españoles autorizados sino también los labradores y los artesanos criollos pudieran comercializar sus productos. Consideraba que el comercio, la agricultura y la industria de América padecían el atraso propio de la era de la conquista y que esas actividades debían ser fomentadas mediante políticas públicas. Pero España y quienes decidían sobre la economía en el Río de la Plata no pensaban lo mismo.

La educación, que para Belgrano constituía la herramienta básica que permitiría el desarrollo de la sociedad, no era prioridad para la Corona, que determinaba lo que debía hacerse aquí, a diez mil kilómetros de Madrid. Cuanto más se interiorizaba Manuel sobre el modo en que funcionaba el gobierno de la colonia, más ideas sobre cómo cambiarlo se le ocurrían. Como parte de su trabajo era presentar informes anuales de lo discutido y resuelto en el Consulado, dedicó litros de tinta a volcar en el papel todas sus propuestas.

A lo largo de los dieciséis años en los que ocupó su cargo de secretario del Consulado, Manuel elaboró muchísimas propuestas revolucionarias



para su época: delineó el primer proyecto de educación estatal, gratuita y obligatoria en la región, fomentó la agricultura cuestionando el monocultivo y propuso la entrega gratuita de tierras para los labradores, e impulsó la producción industrial con la intención de exportar no solo cueros sino manufacturas elaboradas aquí.

No pudo llevar a cabo todo lo que se propuso, pero sembró ideas en la mente de muchos criollos jóvenes que, como él, no estaban dispuestos a quedarse de brazos cruzados ante lo que veían. La Academia de Náutica y la Escuela de Dibujo, Geometría, Arquitectura y Perspectiva fueron dos proyectos que pudo concretar. Duraron muy poco tiempo, ya que fueron clausuradas por orden de la Corona, sin embargo dejaron entre los porteños la idea de que era preciso generar espacios para la formación y el estudio. Además, Manuel fue uno de los primeros periodistas del Río de la Plata: como quería difundir sus ideas, contribuyó a la salida del primer periódico de Buenos Aires, el *Telégrafo Mercantil*, y colaboró en el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*.

Cuando le ofrecieron un cargo militar, en 1797, la posibilidad de luchar por sus ideas a través de las armas todavía no estaba en sus planes.

—El virrey Melo de Portugal me ha designado capitán de las milicias urbanas de Infantería de Buenos Aires. ¿Qué dices, primo? —comentó Manuel, con una mueca que escondía una leve sonrisa.

Juan José tomó el farol que iluminaba el escritorio principal, lo levantó con cuidado, lo acercó al rostro de su primo, y con la mirada fija en esos ojos celestes y profundos, comentó:

—En España estudiaste mucho y te divertiste también, pero que yo sepa, no disparaste un solo tiro... ¿Estás seguro de que puedes tener a cargo a un grupo de milicianos?

Manuel se puso de pie, estiró su impecable pantalón blanco ceñido, acomodó el chaleco, hizo retumbar el taco de sus botas sobre el piso de madera de su oficina, se cuadró como si estuviese frente a una autoridad militar y preguntó:

—¿Y por qué no?

Inglés invasor

En esa época era habitual que un buen vecino, comprometido con su ciudad, estuviera a disposición de las autoridades en caso de ataques extranjeros. Y en su condición de funcionario y ciudadano destacado, Manuel no podía ser un miliciano raso. De modo que pasó casi una década al frente de la compañía de jóvenes voluntarios de caballería. No tuvo mayores sobresaltos, hasta que el 25 de junio de 1806, el general William Carr Beresford y sus más de mil cuatrocientos soldados británicos atracaron en el Río de la Plata, sobre la costa de Buenos Aires.

No venían de visita, sino a invadir la ciudad.

Gran Bretaña, que había derrotado a Francia en Trafalgar, era el centro de la incipiente

revolución industrial y necesitaba nuevos mercados para colocar su creciente producción. Muy en el papel de "Reina de los Mares", su armada había puesto proa hacia el sur americano. Más que expropiar las colonias a España, lo que los británicos buscaban era que el comercio en Sudamérica no fuera exclusivamente con Cádiz.

Las milicias urbanas de Buenos Aires se reunieron para resistir. Manuel organizó rápidamente a su escasa tropa:

—El deber nos convoca. ¡A la carga! —ordenó, y sus hombres marcharon como pudieron hacia el Riachuelo, donde los soldados ingleses estaban apostados.

Pero enfrentar a un experimentado ejército invasor sin conocimientos militares resultó muy difícil. Por eso al primer cañonazo tuvo que dar la orden de retirada y, muy a su pesar, asumir la derrota.

Durante cuarenta y cinco días, el Virreinato del Río de la Plata estuvo bajo gobierno británico, pero Belgrano no tenía previsto responder a otra corona que no fuese la española.

—Queremos al antiguo amo, o a ninguno —dijo Manuel, y se trasladó a la Banda Oriental⁸.

8. Actualmente, Uruguay.

Tras la reconquista de la ciudad liderada por Santiago de Liniers (en la que sobresalió el arrojo del joven salteño Martín Miguel de Güemes), Manuel regresó a Buenos Aires, donde fue designado sargento mayor del regimiento de Patricios.

Para ejercer cargos militares necesitaba aprender un poco acerca de los combates y las estrategias de la guerra, así que se puso a estudiar táctica militar.

—Es bueno que reconozcas que debes aprender, Manuel —lo alentó su primo—. Pero entonces, ¿por qué aceptas ser oficial de Patricios?

—¡Porque me pica el honorcillo, hombre!

—Pero... ¿y tu salud?

La preocupación de Juan José por la salud de su primo era genuina: hacía un tiempo que había sido diagnosticado con el “mal de Castilla”⁹.

Manuel pretendió minimizar el asunto:

—No tiene mayor importancia, aunque debo reconocer que cuando me sube la fiebre y me due-
len las articulaciones, es mejor quedarme quieto.

A medida que fue haciendo propia la certeza de que algunos de los cambios que imaginaba solo serían posibles a través de las armas, Manuel

.....
9. Sífilis, una enfermedad infecciosa que hoy es fácilmente curable, pero en aquella época solo podía tratarse con sales, yodo y reposo.

fue afianzando su vocación militar, en especial lo relacionado con la disciplina y el entrenamiento de las tropas a su cargo. Y si bien no tuvo una participación destacada en la defensa de la segunda invasión inglesa, que los vecinos de Buenos Aires hubieran vuelto a rechazar la posibilidad de quedar bajo el mando de la corona británica sin ninguna ayuda del reino español, instaló en él y en parte de los criollos una idea revolucionaria: si habían podido librarse de los ingleses, ¿por qué no pensar en hacerlo también de España?

Los virreyes

Todas las decisiones importantes que afectaban al virreinato y a quienes en él vivían eran tomadas en España, siempre en beneficio de la Corona. Como el comercio con otras potencias estaba prohibido y lo que llegaba de manera legal desde la península ibérica era escaso y carísimo, el contrabando era moneda corriente. En ese contexto, resultaba natural que solo los poquísimos que tenían el permiso real para comerciar estuvieran conformes con el estado de las cosas. El resto se mostraba cada vez más disgustado y reclamaba cambios. Para algunos eran solo cuestiones comerciales; para otros, las modificaciones debían ser también políticas.

La declaración de la independencia de los Estados Unidos en 1776 estimuló a los criollos. Conceptos como república, igualdad ante la ley y derechos de propiedad y libertad ya no eran discutidos solo por unos pocos jóvenes iluminados: hasta ciertos representantes de la Iglesia comenzaban a cuestionar la idea de que los reyes ejercían el gobierno por derecho divino. En Buenos Aires, pero también en Montevideo, en el Alto Perú y en la Gran Colombia, de a poco la población se fue dividiendo entre los realistas, que pretendían conservar sus privilegios, y los criollos patriotas y revolucionarios, que pugnaban por la autonomía.

La expulsión de los invasores ingleses dio a luz una hasta entonces inédita autoestima criolla. Reunidos por primera vez en el Cabildo los vecinos porteños decidieron, sin consultar a España, que Liniers, el capitán de navío héroe de la reconquista, fuera su nuevo virrey. Ese nombramiento causó horror en algunos españoles devotos de la Corona, como Francisco de Elío, el gobernador de Montevideo, o Martín de Álvarez, esclavista y comerciante que llegó incluso a preparar un golpe para derrocar a Liniers. Las milicias criollas al mando de Cornelio Saavedra evitaron el golpe y los comerciantes españoles

no pudieron tomar el gobierno, pero tanta revuelta puso bien en claro que la legitimidad de los representantes de la corona española estaba cada día un poco más debilitada.

Para reprimir los ánimos rebeldes rioplatenses, España nombró a Baltasar Hidalgo de Cisneros como nuevo virrey. Su primer acto de gobierno fue sofocar las revoluciones contra la Corona que se habían levantado en La Paz y en Chuquisaca. Sin embargo, día a día quedaba más en evidencia que el colonialismo español tenía los días contados en América del Sur.

Revolución en marcha

Alfredo Manuel le gustaba escribir. Lo hacía por las mañanas, muy temprano, en su oficina consular. Con la única compañía de un mate caliente y el trinar de los pájaros recién levantados, tomaba su pluma, la mojaba en el tintero y escribía. Dedicaba las horas en las que nadie había llegado aún al Consulado para concentrarse en sus ideas. Y para expresarlas lo más claramente posible en el papel.

Si bien en tertulias y reuniones sociales lograba ganar la atención general gracias a su carisma, sus modales educados y su deslumbrante presencia, le gustaba desarrollar sus reflexiones y propuestas tanto en las memorias del Consulado como en los artículos que

publicaba en el *Correo de Comercio*, el periódico que había comenzado a editar a pedido de Cisneros y que se convirtió en el medio para —como él mismo decía— “abrir los ojos” a los paisanos.

La mañana en que después de un buen rato de leer y releer puso punto final a su columna titulada “Origen y decadencia de los imperios”, estaba entusiasmado. Enrolló las hojas, las sujetó con un lazo rojo y se las entregó a su secretario para que las llevase a la Imprenta de Niños Expósitos. Más tarde se encontró con su primo.

—Esta semana sale un artículo que puede interesarte. Te recomiendo que lo leas.

—Puedo imaginármelo, por eso espero que hayas sido lo suficientemente sutil en tus críticas al gobierno como para no despertar la ira del virrey, Manuel...

—Prefiero no adelantarte nada.

—Recuerdas que la condena por sedición es la pena de muerte, ¿verdad?

—Tranquilo, Juan José. ¡Y dime qué te pareció cuando lo hayas leído!

Terminada la jornada de trabajo, Manuel se subió a un coche tirado por caballos.

—¿Adónde os llevo?

—A la chacra de Perdriel, cochero.

El aire de campo le renovaba el espíritu. Que su familia todavía tuviese unas tierras en las afueras de Buenos Aires¹⁰ le permitía a Manuel descansar, de vez en cuando, en un lugar tranquilo, lo que beneficiaba su salud. Pero la distancia de ninguna manera disminuía su interés por la política. Por eso, cuando sus amigos lo mandaron a llamar desde la ciudad, no tardó en emprender el camino de regreso.

“Los franceses han entrado en Andalucía y se ha disuelto la Junta Central. Llegó el caso de trabajar por la Patria para adquirir la libertad e independencia deseadas”, decía el mensaje.

Era el momento de empezar a romper las cadenas que aún unían por la fuerza al Río de la Plata con España.

.....
10. En la zona que hoy es Villa Ballester, partido de San Martín, provincia de Buenos Aires.

10

25 de mayo

Las reformas económicas y políticas impulsadas por Cisneros no habían conformado a nadie. Ni a los productores, ni a los comerciantes ni al resto de los vecinos, que a causa del contrabando debían pagar precios cada vez más caros para comprar lo que precisaban para vivir. Cisneros abrió, cerró y volvió a abrir las posibilidades de hacer negocios de manera legal con Gran Bretaña; Mariano Moreno escribió “La representación de los hacendados”¹¹ para explicar la necesidad de comerciar con todos los países y no solo con España, y sentó

.....

11. Documento considerado el tratado sobre economía política más completo de la época colonial y, pocos meses después, plataforma de gobierno de la Revolución de Mayo.

las bases de un nuevo proyecto económico; el virrey ordenó perseguir a quienes cuestionaban el poder del rey... Encima, las noticias sobre la caída de la Junta de Sevilla, uno de los últimos bastiones de la corona española, corrían por toda la ciudad. En medio de ese clima espeso, las reuniones en las residencias de criollos revolucionarios amigos de Manuel, como Nicolás Rodríguez Peña e Hipólito Vieytes¹², se sucedían vertiginosamente. Licor, mate, café y dulces sirvieron de combustible para esas noches intensas a la luz de los candiles. El objetivo era claro: instaurar un gobierno criollo. Solo restaba resolver si sería a través de un cabildo abierto (es decir, por medio de una decisión política tomada por los vecinos reunidos en una asamblea extraordinaria) o por la fuerza, con la participación de milicianos, como el cuerpo de Patricios, que respondía a Cornelio Saavedra.

Pese a que era de los que preferían la vía política antes que la militar, fue en uno de esos tantos encuentros más o menos secretos cuando Manuel, enfundado en su ajustado uniforme de

12. La residencia de Vieytes pasó a la historia como "La Jabonería de Vieytes", porque allí funcionaba una fábrica de jabones.

sargento mayor y espada en mano, se hizo oír en medio del vocerío propio de las asambleas.

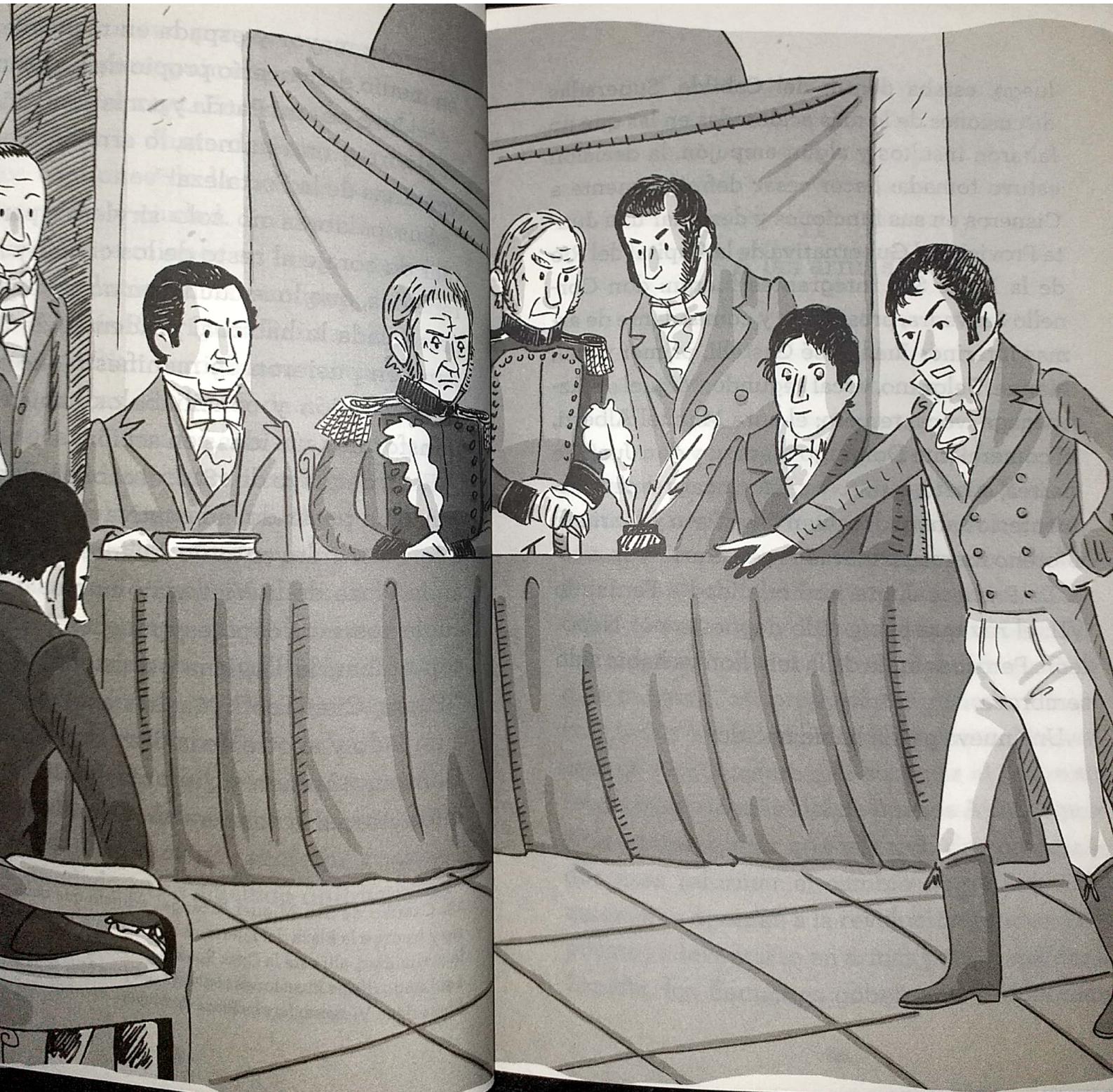
—¡Juro por mi Patria y a mis compañeros que si el virrey no renuncia, lo arrojaremos por las ventanas de la Fortaleza!¹³.

Sus palabras no solo sirvieron para contagiar de coraje al resto de los civiles y militares rebeldes, que lo escucharon no sin algo de sorpresa dada la habitual prudencia de Belgrano; también pusieron de manifiesto que esos días de revolución y conciliábulos habían logrado transformar sus ideas en acción.

El 25 de mayo de 1810, el cabildo abierto convocado a pesar de la negativa del virrey reunió a lo más influyente de Buenos Aires. Afuera, en la Plaza de la Victoria¹⁴, cientos de vecinos cubiertos con capotes, ponchos y sombreros soportaban la llovizna persistente al grito de “¡Fuera, Cisneros!”. Muchos hombres armados a un lado y al otro de la plaza, organizados por Domingo French y Antonio Beruti, probaban que esta vez la cosa era en serio. Manuel, desde

13. Castillo de San Miguel Arcángel, edificio que daba espaldas al río y frente a la Plaza del Fuerte, donde tenía sus oficinas el virrey. En la actualidad, allí está la Casa Rosada.

14. Luego de las invasiones inglesas, la Plaza Mayor pasó a llamarse Plaza de la Victoria; hoy es Plaza de Mayo.



luego, estaba dentro del Cabildo. Superadas discusiones de lo más acaloradas en las que no faltaron insultos y algún empujón, la decisión estuvo tomada: hacer cesar definitivamente a Cisneros en sus funciones y designar una Junta Provisional Gubernativa de la Capital del Río de la Plata. Sus integrantes fueron: don Cornelio Saavedra, presidente y comandante de armas interino; Juan José Castelli, primer vocal; Manuel Belgrano, vocal segundo; Miguel de Azcuénaga, vocal tercero; el cura Manuel Alberti, el comerciante Domingo Matheu y don Juan de Larrea, cuarto, quinto y sexto vocal, respectivamente; los abogados Juan José Paso y Mariano Moreno fueron nombrados secretarios.

La Primera Junta juró fidelidad a Fernando VII, el rey que había sido depuesto por Napoleón. Pero la semilla de la rebelión ya había sido sembrada.

Una nueva patria había nacido.

A las armas

fundar un país de cero no es fácil. Y si en Buenos Aires quedaban realistas que no estaban de acuerdo con el nuevo gobierno, en las provincias la oposición era todavía mayor. Córdoba, Montevideo y Paraguay opusieron fuertes reparos. Y en el Alto Perú hubo quienes directamente se propusieron resistir. Como casi todos los miembros de la Junta, Manuel asumió rápidamente que sostener el proyecto revolucionario más allá de Buenos Aires requeriría bastante más que el envío de comunicados para informar el cambio de gobierno. Si quienes se oponían a la revolución estaban dispuestos a levantarse en armas para respaldar a España, los flamantes gobernantes no podían

ser menos: debían poner el cuerpo. A partir de entonces no hubo lugar para los que dudaban: se estaba con la revolución o en contra de ella. Y ambas posiciones se defendían con la vida. Los realistas pretendían perpetuar el sistema colonial. Y los gauchos, indios, mulatos, negros y criollos más humildes se fueron sumando de a cientos a las milicias con la esperanza de terminar con un sistema que los condenaba a la miseria, junto con los criollos más acomodados, que comprendieron que había llegado la hora de llevar sus ideas a la práctica.

El primero que tuvo que dar una prueba de autoridad fue Juan José, cuando la Junta lo designó para ejecutar al exvirrey Liniers y a quienes se habían sublevado junto a él en Córdoba, y debió cumplir esa orden. Luego, la Primera Junta eligió a Manuel para auxiliar al vocal Azcuénaga en su expedición a la Banda Oriental, Santa Fe, Entre Ríos y Paraguay, y le otorgó el grado de general en jefe. Manuel no dudó en aceptar.

No sea cosa que crean que me repugna el riesgo o que solo quiero disfrutar de la capital, escribiría años después al recordar aquel momento.

Aunque había vuelto a sentir fiebre, puso manos a la obra. Tenía a su disposición a doscientos hombres de la guarnición de Buenos

Aires, de los cuerpos de Arribeños y Patricios, algunos del Regimiento de la Estrella y del Regimiento de Pardos y Morenos, y otros del Regimiento de Granaderos de Fernando VII. Debía liderar la avanzada sobre el Paraguay y poner bajo sus órdenes a las milicias de Corrientes y Misiones. El primer paso era San Nicolás, donde lo esperaba el Cuerpo de Caballería de la Patria. Luego debería sumar a los Blandengues¹⁵ de Santa Fe y a las milicias del Paraná, con cuatro cañones y sus respectivas municiones. Pero el armamento y los soldados no eran del todo profesionales: los hombres eran más inexpertos que su jefe, y las carabinas, viejas y oxidadas.

Lo que faltaba de equipamiento, sin embargo, se compensaba con voluntad. Y con entusiasmo.

En Santa Fe, el ejército de Belgrano fue recibido con honores. Hubo donaciones generosas para la campaña, y cuarenta veteranos y sesenta reclutas pertenecientes a los Blandengues se pusieron bajo su mando. Carretas, caballada y tropa llegaron a la Bajada¹⁶, donde recibieron más donaciones y el apoyo de doscientos patriotas enviados desde Buenos Aires.

15. Una de las unidades de caballería creada durante el Virreinato. A partir de 1810 pasó a integrar el ejército de línea.

16. Hoy Paraná, capital de la provincia de Entre Ríos.

En poco más de dos meses, Manuel reclutó a unos seiscientos hombres. La revolución avanzaba sin detenerse.

Pueblo nuevo

P elear por la creación de un Estado independiente era, para Manuel, mucho más que cambiar los nombres y los cargos en el gobierno: era modificar sustancialmente la manera en que hasta ese momento se distribuían la tierra y el poder. Por eso entregó terrenos a la gente que quisiera trabajarlos y hasta fundó pueblos, como Nuestra Señora del Pilar de Curuzú Cuatiá¹⁷, en plena Mesopotamia. En el acta fundacional de la ciudad ordenó la creación de una escuela, que se construiría con aportes de los vecinos más pudientes de la zona, y dispuso que todos, aun los más

.....
17. Fundado el 16 de noviembre de 1810, al sur de la actual provincia de Corrientes.

pobres, tuvieran una parcela para trabajar. Pero más explícitas fueron sus ideas en el Reglamento para el Régimen Político y Administrativo y Reforma de los 30 Pueblos de Misiones¹⁸, que redactó durante la expedición al Paraguay. Allí establecía que ya no habría diferencias entre criollos y “naturales”, aseguraba que llegaba a Misiones para restituirlos en *sus derechos de libertad, propiedad y seguridad de que por tantas generaciones han estado privados, sirviendo únicamente para las rapiñas de los que los han gobernado*, y aclaraba que todos gozarán de *sus propiedades y podrán disponer de ellas como mejor les acomode como no sea atentando contra sus semejantes*.

De repente, a menos de un año de la Semana de Mayo, Manuel se encontraba tomando decisiones que estaban en absoluta sintonía, no solamente con sus proclamas más encendidas, sino también con los ideales de su juventud.

Cuando puso la firma a la última página de ese documento histórico, Manuel recordó a Benito, y se emocionó pensando dónde estaría en ese instante el que había sido su amigo de la infancia.

.....
18. Documento firmado el 30 de diciembre de 1810 en el campamento de Tacuarí.

No tan sencillo

En Paraguay, adonde llegaron agotados, mal alimentados y peor equipados, los revolucionarios no fueron tan bien recibidos. Con anterioridad, Manuel le había enviado una esquela al gobernador Velazco: *Traigo la paz, la unión y la amistad en mis manos para los que me reciban como deben. Del mismo modo, traigo la guerra y la desolación para los que no aceptaren aquellos bienes.*

La repuesta fue a los tiros. Después de tres meses de combate, de avances y retiradas, el ejército patriota cayó derrotado en la batalla de Tacuarí. El gobierno porteño había cambiado y los compañeros de Manuel ya no lideraban la Junta, que ahora estaba integrada por

representantes de las provincias. La orden para Belgrano fue replegar lo que quedaba de sus milicias a la Banda Oriental, para evitar que los realistas avanzaran desde Montevideo.

Cuestionado por las nuevas autoridades, Manuel debió regresar a Buenos Aires, donde lo aguardaba un juicio para determinar su responsabilidad en el fracaso de la expedición militar al Paraguay. Lo mismo ocurrió con Juan José, a quien juzgarían por su malograda campaña al Alto Perú.

En agosto de 1811 y sin ninguna prueba en su contra que pudiera ser considerada en el juicio, Manuel recuperó el grado militar y los honores: “Se declara que el general don Manuel Belgrano se ha conducido en mando del ejército con un valor, un celo y una consistencia dignos del reconocimiento de la Patria”, concluyó el fallo.

Manuel volvía a ser un hombre íntegro, sin cuentas pendientes. Sin embargo, su poder en Buenos Aires ya no era el mismo. Mariano Moreno, enviado en misión diplomática a Londres, había muerto repentinamente en alta mar¹⁹. Y su primo, Castelli, había contraído cáncer y ni siquiera pudo defenderse de los cargos que

19. El 4 de marzo de 1811.

le imputaban: Juan José falleció²⁰ en pleno proceso judicial, pobre y perseguido.

Las discusiones, alianzas y traiciones entre quienes lideraban la revolución eran cosa de todos los días.

14
Al Paraguay

Como en junio de 1811 los paraguayos ya habían instalado su propia Junta de gobierno, Manuel regresó en misión diplomática a Asunción para entenderse con ellos. En septiembre del mismo año firmó, en nombre del Triunvirato, el primer acuerdo de amistad y auxilio y Comercio entre las autoridades del vecino pueblo.

De vuelta en Buenos Aires, el Triunvirato decidió seguirlo como candidato de los suffragios representantes a y 7 de febrero de 1812, también se realizó la elección.

20. El 12 de octubre de 1812.

Al Paraguay

Como en junio de 1811 los paraguayos ya habían instalado su propia Junta de gobierno, Manuel regresó en misión diplomática a Asunción, para entenderse con ellos. En septiembre de ese año firmó, en nombre del Triunvirato (el nuevo gobierno de Buenos Aires), un Tratado de Amistad, Auxilio y Comercio con las autoridades del pueblo vecino.

De vuelta en Buenos Aires, el Triunvirato decidió ungirlo comandante de los unificados regimientos 1 y 2 de Patricios, militares que habían ganado prestigio gracias a su desempeño durante las invasiones inglesas y la Revolución de Mayo. Tomar el mando de ese cuerpo del ejército fue difícil, porque además de un

nuevo jefe, el Triunvirato les impuso nuevas condiciones que cayeron muy mal entre los soldados: los Patricios, hasta ese momento una milicia urbana, pasaban a formar parte del ejército de línea, lo que para los soldados implicaba sumarse a campañas fuera de Buenos Aires, pasar largas temporadas lejos de sus hogares, perder el poder de elegir a sus jefes y cobrar los sueldos con muchísimo retraso. Resultado: el Motín de las Trenzas, nombre derivado de la amenaza oficial de cortar la coleta que los Patricios usaban como distintivo aristocrático. Belgrano fue expulsado del cuartel, y ante la negativa de los militares a deponer las armas, el gobierno ordenó la represión.

Derrotada la sublevación, Manuel volvió a hacerse cargo del regimiento que, después de la revuelta, había quedado bastante disminuido. Así que con pocos carros, pocos caballos, pocos uniformes y escaso armamento, a principios de 1812 Manuel se preparó para cumplir con la nueva orden que le había sido dada: partir hacia Villa del Rosario para crear dos baterías²¹ sobre el río Paraná. Los ataques realistas que llegaban desde

21. Fortificaciones militares que reunían piezas de artillería, y cuyo fin era atacar o defenderse de los barcos realistas desde tierra y a cañonazos.

Montevideo tenían en vilo a Buenos Aires y era imperioso evitar su avance.

Pasaron por San Pedro, San Nicolás, Arroyo Seco... Al cabo de varias semanas, los Patriotas arribaron a destino. Acamparon en tierras de un matrimonio amigo de Manuel: los Vidal-Echevarría.

Los soldados sabían de la rectitud de su jefe. También sabían de su convicción, sus ideales y su sobriedad a la hora de ponerse al frente de un batallón. Con el sol cayendo detrás de la arboleda, Manuel miró a esos hombres jóvenes pero fatigados por el trajín, mal pertrechados e iluminados por las llamas de la fogata, se aclaró la garganta y exclamó:

—La vida es nada si la libertad se pierde. ¡Libres o muertos, señores!

En silencio y casi sin mover un músculo, los milicianos escucharon. Nadie con sangre en las venas podría haber permanecido indiferente ante esas palabras.

Blanco y azul celeste

*E*s llegado el caso de que V.E. sirva declarar la escarapela nacional que debemos usar para que no se equivoque con la de nuestros enemigos...

Manuel repasó para sí mismo lo que acababa de escribir. Estaba conforme. Su pedido tenía sentido. Si defendían la misma causa, era lógico que todos sus hombres se identificaran con los mismos colores.

13 de febrero de 1812. Firmado: *Manuel Belgrano*, rubricó, satisfecho.

Iluminado apenas por un candil, Manuel se incorporó, apoyó la pluma a un costado del tintero y enrolló el papel. Salió de su tienda de campaña, buscó a su asistente y le ordenó que se dirigiese a Buenos Aires con la primera luz del día.

Cinco días después, un mensajero arribó con la respuesta del Triunvirato. Ansioso, Manuel se apuró a abrir la carta.

Al jefe del Estado Mayor. En acuerdo de hoy se ha resuelto que desde esta fecha en adelante se haga, reconozca y use la escarapela nacional de las Provincias Unidas del Río de la Plata, declarándose por tal la de los colores blanco y azul celeste, quedando abolida la roja con la que antiguamente se distinguían.

Firmado: Feliciano Chiclana, Manuel de Serratea, Juan José Paso, Bernardino Rivadavia.

Desbordado por el entusiasmo, Manuel ordenó comprar una tela blanca y otra azul celeste. Consultó a la dueña donde le habían dado alojamiento, doña Catalina Echevarría, si se daba maña con los hilos y las agujas, y resolvió.

Antes, pero seguro de que se trataría apenas de un trámite formal, tomó la pluma, la humedeció en el tintero y escribió:

Las banderas de nuestros enemigos son las que hasta ahora hemos usado; pero ya que V.E. ha determinado la escarapela nacional con que nos distinguiremos de ellos y de todas las naciones, me atrevo a decir a V.E. que también se distinguieran aquellas, y que en estas baterías no se viesen tremolar sino las que V.E. designe.

¡Abajo, Excelentísimo Señor, esas señales exteriores que para nada nos han servido y con las que parece que aún no hemos roto las cadenas de la esclavitud!

Manuel no esperó la respuesta. Cuando su mensajero salió con destino a Buenos Aires con el pedido de autorización al Triunvirato, Belgrano ya había dado la orden de que se confecionara un nuevo estandarte para los soldados de la Patria.

La ceremonia fue a orillas del río Paraná, en la villa del Rosario del Paraná. La fecha: 27 de febrero de 1812.

En la inauguración del batallón "Ingenieros", que se sumó a la Ciudad, el contingente de artillería llevó compuesto por el escuadrón de artillería, que se puso en marcha sin tener mano siervos ni caballos, y que estaban presentes en la ceremonia.

La primera vez

La ceremonia fue a orillas del río Paraná²², en la villa del Rosario del Paraná. La fecha: 27 de febrero de 1812.

Era la inauguración de la batería “Independencia”, que se sumaba a la “Libertad”, el otro conjunto de artillería pesada compuesto básicamente por cañones, al que Manuel debería echar mano si eran atacados por los realistas.

Estaban presentes la tropa del Regimiento de Patricios, los vecinos del lugar, el párroco Julián Navarro, doña Catalina Echevarría (esposa de don Juan Manuel Vidal y hermana de Vicente Echevarría, amigo a su vez de don

22. Donde actualmente se erige el Monumento a la Bandera.



Manuel desde los días de las expediciones al Paraguay) y sus señoras amigas. Fueron ellas quienes, por encargo de Manuel, se ocuparon de coser la bandera. Una mitad blanca, otra mitad azul celeste.

El soldado Cosme Maciel la izó por primera vez. Espada en mano, Manuel habló a su tropa:

—¡Soldados de la Patria! En este punto hemos tenido la gloria de vestir la escarapela nacional que ha designado nuestro excelentísimo gobierno. En aquel, la batería de la Independencia, nuestras armas aumentarán las suyas; juremos vencer a nuestros enemigos interiores y exteriores, y la América del Sur será el templo de la independencia y la libertad. En fe de que así lo juráis, decid conmigo: ¡Viva la Patria!

Los soldados, que en los días previos habían lucido desganados, casi sin fuerzas, ahora exclamaron sin dudar:

—¡Viva la Patria!

—Señor capitán y tropa destinada por la primera vez a la batería Independencia, id, posesionaos de ella, y cumplid el juramento que acabáis de hacer —ordenó con autoridad.

Las tropas ocuparon sus puestos y sonaron las salvas de artillería reglamentarias.

Manuel no podía disimular su entusiasmo.

No tan rápido

La alegría no le duró mucho a Belgrano. Pocos días después recibió una carta desde Buenos Aires.

Al jefe del Estado Mayor: el gobierno deja a la prudencia de V.S. mismo la reparación de tamaño desorden, pero debo prevenirle que esta será la última vez que sacrificará hasta tan alto punto los respetos de su autoridad y los intereses de la nación que preside y forma, los que jamás podrán estar en oposición a la uniformidad y el orden. V.S. a vuelta de correo dará cuenta exacta de lo que haya hecho en cumplimiento de esta superior resolución.

Firmado: Bernardino Rivadavia, secretario del Triunvirato.

Para el gobierno central, la decisión de Manuel de izar una bandera sin haberlo consultado

antes con sus superiores no había sido una buena idea. Tenía sus razones: Manuel había obtenido autorización para que sus hombres usaran una escarapela, no para crear una bandera.

Siendo preciso enarbolar la bandera, y no teniéndola, la mandé hacer celeste y blanca, conforme a los colores de la escarapela nacional, intentó explicar Manuel por escrito.

No tuvo eco. El Triunvirato le dio la orden de arriar la bandera y deshacerse de ella. Pero Manuel obedecería a medias.

Sin bandera

*H*a dispuesto este Gobierno que se haga pasar por un rasgo de entusiasmo el suceso de la bandera blanca y celeste enarbolada, ocultándola disimuladamente y subrogándola con la que se le envía, que es la que hasta ahora se usa en la Fortaleza.

La nota, fechada el 3 de marzo de 1812, era clarísima: Manuel se había excedido. Pero él nunca recibió esa carta, porque cuando el mensajero llegó a Rosario, ya había partido para asumir el mando del Ejército del Norte, el mismo que había caído en Huaqui a las órdenes de su primo Juan José Castelli, y que ahora Juan Martín de Pueyrredón dejaba en sus manos.

En la posta de Yatasto, cerca de Rosario de la Frontera, Manuel se encontró con no más de mil quinientos hombres casi desarmados y harapientos, cuatrocientos de los cuales estaban enfermos o heridos. Como pudieron, se instalaron en Campo Santo, al este de Salta. Montaron un hospital, recobraron fuerzas, rearmaron la tropa. Todo casi sin colaboración de Buenos Aires, que era eficiente para cuestionar la existencia de pabellones patrios, pero exasperantemente lenta a la hora de enviar recursos para sus milicianos, que podían pasar meses y hasta años enteros sin cobrar sus sueldos y alimentándose muy precariamente.

Para mayo, cuando llegaron a Humahuaca, en Jujuy, los ánimos de los soldados ya eran distintos. Y la misa con la que se celebró el segundo aniversario de la Revolución de Mayo en la iglesia principal tuvo características muy especiales, porque fue allí donde el cura Juan Ignacio Gorriti dio la bendición a la bandera blanca y azul celeste que Manuel izó ante todo el pueblo, sin saber que el Triunvirato lo había desautorizado.

Vestido con su uniforme de gala, con la autoridad propia de un líder en ejercicio de su cargo, Manuel llamó la atención de sus hombres, y en presencia de los vecinos de la comunidad jujeña, dijo:

—Soldados, hijos dignos de la Patria, camaradas míos: el 25 de mayo será para siempre memorable en los anales de nuestra historia, y vosotros tendréis un motivo más de recordarlo, cuando, en él por primera vez, veis la bandera nacional en mis manos, que ya os distingue de las demás naciones del globo.

Sin la menor idea de lo que pensaban en Buenos Aires, Manuel siguió adelante con su discurso. Su ejército estaba a punto de jurar fidelidad a una bandera por primera vez.

—No olvidéis jamás que nuestra obra es de Dios, que Él nos ha concedido esta bandera, que nos manda que la sostengamos, y que no hay una sola cosa que no nos empeñe a mantenerla con el honor y decoro que le corresponde. Nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros hijos, nuestros conciudadanos, todos, todos, fijan en vosotros la vista y deciden que a vosotros es a quienes corresponderá todo su reconocimiento, si continuáis en el camino de la gloria que os habéis abierto. Jurad conmigo ejecutarlo así, y en prueba de ello repetid: ¡Viva la Patria!

Manuel no cabía en sus botas del orgullo. Feliz, envió al Triunvirato porteño una carta extasiada. *La tropa de mi mando no menos ha demostrado el patriotismo que la caracteriza: asistió*

al rayar el día a conducir la bandera nacional, desde mi posada, que llevaba el barón de Holmberg²³, para enarbolar en los balcones del Ayuntamiento, y se anunció al pueblo con quince cañonazos, escribió, exultante.

Pero Buenos Aires no quería saber nada con una nueva bandera y se lo hizo saber a Manuel en términos durísimos, a través de un oficio con la firma de Rivadavia: *Esta será la última vez que sacrificará hasta tan alto punto los respetos de su autoridad.*

Manuel se disculpó y cumplió con la orden que se había impartido.

Entre tanto el Triunvirato se sentía acorralado por las tropas realistas.

Desde el norte, Pío Tristán amenazaba con bajar hasta Córdoba junto con su primo, el brigadier Juan Manuel de Goyeneche.

Con Montevideo bajo dominio español, la amenaza de llegar a Buenos Aires era bien concreta. El ejército de Manuel no estaba en condiciones de hacer frente a un contragolpe enemigo.

.....

23. Militar austriaco que se unió al Ejército del Norte como oficial de artillería, muy apreciado por Belgrano; llevó la bandera desde la posada donde paraban con Belgrano hasta el Cabildo de Jujuy, para exhibirla ante los vecinos.

Los porteños lo sospechaban. Manuel lo sabía. El gobierno de Buenos Aires decidió que la expedición a Jujuy había llegado a su fin. Manuel y sus hombres debían, sí o sí, replgarse a Córdoba.

Y entonces llegó San Martín

Manuel acató lo ordenado por el gobierno, aunque lo hizo a su modo. Invitó a todo el pueblo jujeño a acompañarlo en la retirada, pero sumó una condición: llevarse todo lo que se pudiese y destruir lo que quedase, para que a su llegada los españoles solo encontraran un pueblo fantasma.

—Debemos dejar el campo yermo, la tierra arrasada frente al enemigo. Ni casas, ni alimento, ni ganado, ni mercancías. Nada.

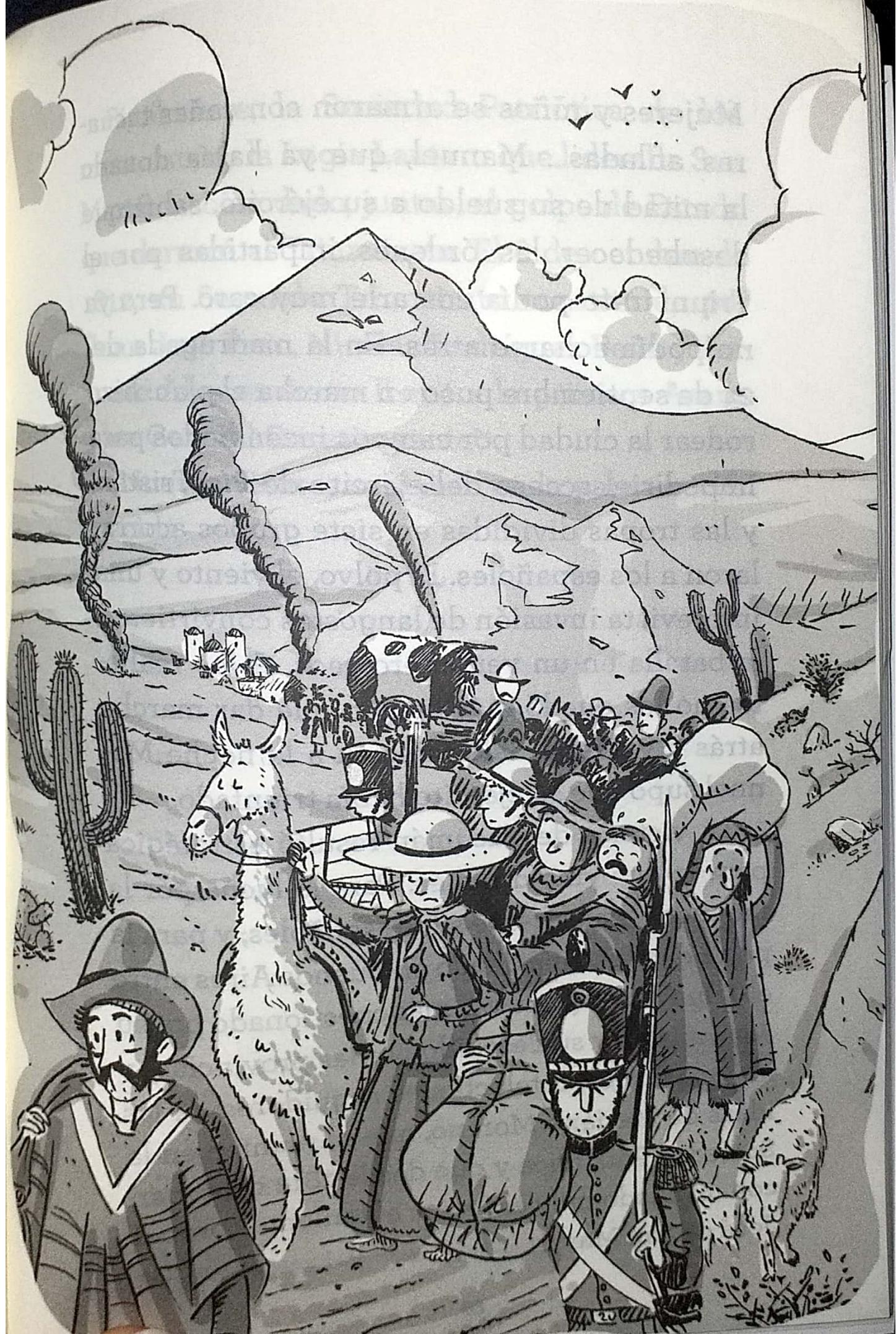
Comerciantes, campesinos, familias enteras, esclavos, indios, centenares de personas emprendieron lo que luego se llamó “éxodo jujeño”. Personas adineradas y criollos pobres, soldados, mujeres y niños; en burro, a caballo,

en carretas, descalzos, la caravana incluyó ganado y todo lo que se pudo trasladar. Lo demás fue quemado, vuelto cenizas. Humahuaca, Jujuy, Tarija, Chichas, fueron quedando atrás.

Manuel y su mujer fueron los últimos en abandonar la ciudad. María Josefa Ezcurra había hecho en carro el trayecto desde Buenos Aires a Jujuy para encontrarse con su amado; no estaba dispuesta a dejarlo solo justo en ese momento.

No fueron a Córdoba. Primero Manuel consideró que lo mejor sería dirigirse a Santiago del Estero, pero prefirió ir a San Miguel de Tucumán para no ceder tanto terreno a los realistas. Hubo combate en el camino. A orillas del Río de las Piedras, en Salta, la retaguardia, al mando del mayor general Eustoquio Díaz Vélez, fue alcanzada por la vanguardia de las fuerzas realistas, que habían ocupado Jujuy y Salta y venían asediando a los patriotas. Pero Díaz Vélez logró repeler el ataque, y ese triunfo resultó clave para levantar la moral de un ejército que venía en retirada.

La llegada de Manuel y sus hombres a Tucumán tuvo otro clima. Catamarqueños y santagueños estaban esperándolos junto a los locales para entregar sus donaciones (caballos, ganado, alimentos) y sumarse al ejército.



Mujeres y niños se armaron con cañas tacu-
ras afiladas... Manuel, que ya había donado
la mitad de su sueldo a su ejército, sabía que
desobedecer las órdenes impartidas por el
Triunvirato podía costarle muy caro. Pero ya
no podía echarse atrás. En la madrugada del
24 de septiembre puso en marcha el plan: hizo
rodear la ciudad por campos incendiados para
impedir el acceso del ejército de Pío Tristán,
y las tropas divididas en siete grupos acorra-
laron a los españoles. El polvo, el viento y una
imprevista invasión de langostas convirtieron
la batalla en un verdadero caos. A los realis-
tas no les quedó más opción que dar marcha
atrás y volver a Salta. Recién a la noche Ma-
nuel supo que su ejército había triunfado.

La victoria de Tucumán resultó estratégica
para lo que vino después. Para la lucha por la
independencia, frente a los españoles; y para la
pelea que se venía dando en Buenos Aires entre
el Triunvirato (cada vez más cuestionado por su
centralismo y su descuido por las provincias) y
los opositores, intelectuales seguidores de las
ideas de Mariano Moreno, que se reunían en la
Sociedad Patriótica y que desde 1812 contaban
con un aliado muy especial: el teniente coronel
José de San Martín.

Finalmente, la Sociedad Patriótica de los morenistas y la Logia Lautaro que lideraba San Martín habían dado, juntas, el golpe de Estado que derrocó al Triunvirato. El 8 de octubre de 1812, un Segundo Triunvirato constituido por Juan José Paso, Nicolás Rodríguez Peña y Antonio Álvarez Jonte llamó a la primera Asamblea General Constituyente²⁴.

Nuevos vientos soplaban en la patria recién nacida.

El 23 de febrero de 1813, después de derrocar al Segundo Triunvirato, el Ejército del Norte se instaló en la capital, se dirigió a Colchagua con un clavo en la mano y recuperó ese territorio, que había caído bajo dominio de los realistas. Ahora el Ejército del Norte se instaló en la capital y se establecieron las autoridades de la Asamblea General Constituyente. La Asamblea se había dividido en tres facciones: la de los moderados, la de los radicales y la de los conservadores.

.....
²⁴. También recordada como Asamblea del Año XIII.

Ni dinero ni oro: escuelas

He creido propio de mi honor y destino celebrar en su honor la apertura de la escuela primaria que se establecerá en la ciudad de Salta. La escuela se establecerá en la calle de la Constitución, en el edificio que pertenece a la Universidad. La escuela se establecerá en la calle de la Constitución, en el edificio que pertenece a la Universidad.

El 13 de febrero de 1813, después de cruzar el río Pasaje²⁵, el Ejército del Norte se reunió a sus orillas. Se dirigía a Salta con un claro objetivo: recuperar ese territorio, que había caído bajo dominio de los realistas. Ahora sí Manuel contaba con el apoyo de las autoridades porteñas. Por eso, unos días antes de entrar en combate hizo que todos sus hombres juraran lealtad a la Asamblea General Constituyente, que el 31 de enero se había declarado soberana. Con la solemnidad que semejante acto merecía, Manuel tomó el juramento de obediencia a la representación de la Asamblea nacional. Pero sumó

.....
25. Hoy, río Salado.

un detalle: se presentó con una bandera en la mano. Era igual a la primera que había izado en Rosario, mitad blanca y mitad azul celeste. La colocó cuidadosamente en un altar, y con la vista firme en su batallón, exclamó:

—Este será el color de la nueva divisa con que marcharán a la lid los nuevos campeones de la Patria.

Primero juró Belgrano, luego el mayor general Díaz Vélez. Después fue el turno de los coroneles y comandantes, y finalmente el de los soldados.

Manuel colocó su espada en forma horizontal sobre el asta para formar una cruz, que el ejército completo besó con emoción y respeto.

Terminada la ceremonia, Díaz Vélez tomó la bandera en sus manos y se la entregó a Manuel nuevamente.

Con bandera propia y el ánimo fortalecido, el Ejército del Norte emprendió su camino a Salta, donde el 20 de febrero de 1813 volvió a ganarles a las tropas de Pío Tristán. Para celebrar el triunfo, Díaz Vélez colgó la bandera en el balcón del Cabildo salteño.

Las victorias en Tucumán y Salta fueron reconocidas por la Asamblea del Año XIII, que decidió premiar a Manuel con cuarenta mil

pesos en oro²⁶. Y aunque podría haber recibido ese montón de dinero para recuperar parte de la fortuna familiar perdida, Belgrano optó por destinarlo a la construcción de cuatro escuelas públicas “de primeras letras”. En la carta que envió como respuesta a la Asamblea, Manuel fue clarísimo:

He creído propio de mi honor y de los deseos que me inflaman por la prosperidad de la Patria, destinar los cuarenta mil pesos para la dotación de cuatro escuelas públicas de primeras letras en las que se enseñe a leer y escribir, la aritmética, la doctrina cristiana y los primeros rudimentos de los derechos y obligaciones del hombre en sociedad hacia esta y el Gobierno que la rige, en cuatro ciudades, a saber: Tarija, Jujuy, Tucumán y Santiago del Estero²⁷.

Manuel estaba orgulloso, pero también bastante preocupado por su salud. De vez en cuando sufría náuseas y llegó a vomitar sangre en más de una ocasión. Pero a pesar de las dificultades, jamás consideró la posibilidad de desatender la

.....
26. El equivalente a ochenta kilos de oro.

27. La primera de las cuatro escuelas fue inaugurada en Tarija, hoy territorio boliviano, en 1974. Las de Santiago del Estero y Tucumán comenzaron a construirse recién en 1997. La última fue inaugurada en 2004, en Jujuy, ciento noventa y un años después de la donación.

orden del gobierno de volver a la carga hacia el Alto Perú. Potosí, Chuquisaca y Cochabamba se rebelaban frente los españoles y no podía perderse semejante oportunidad. Ya sin su mujer María Josefa en el frente, Manuel se dirigió hacia el norte. En el camino dejó claras muestras de su bravura con quienes traicionaban la causa independentista.

Manuel era educado y elegante, pero podía resultar feroz si se veía obligado a serlo.

La posta de Yatasto

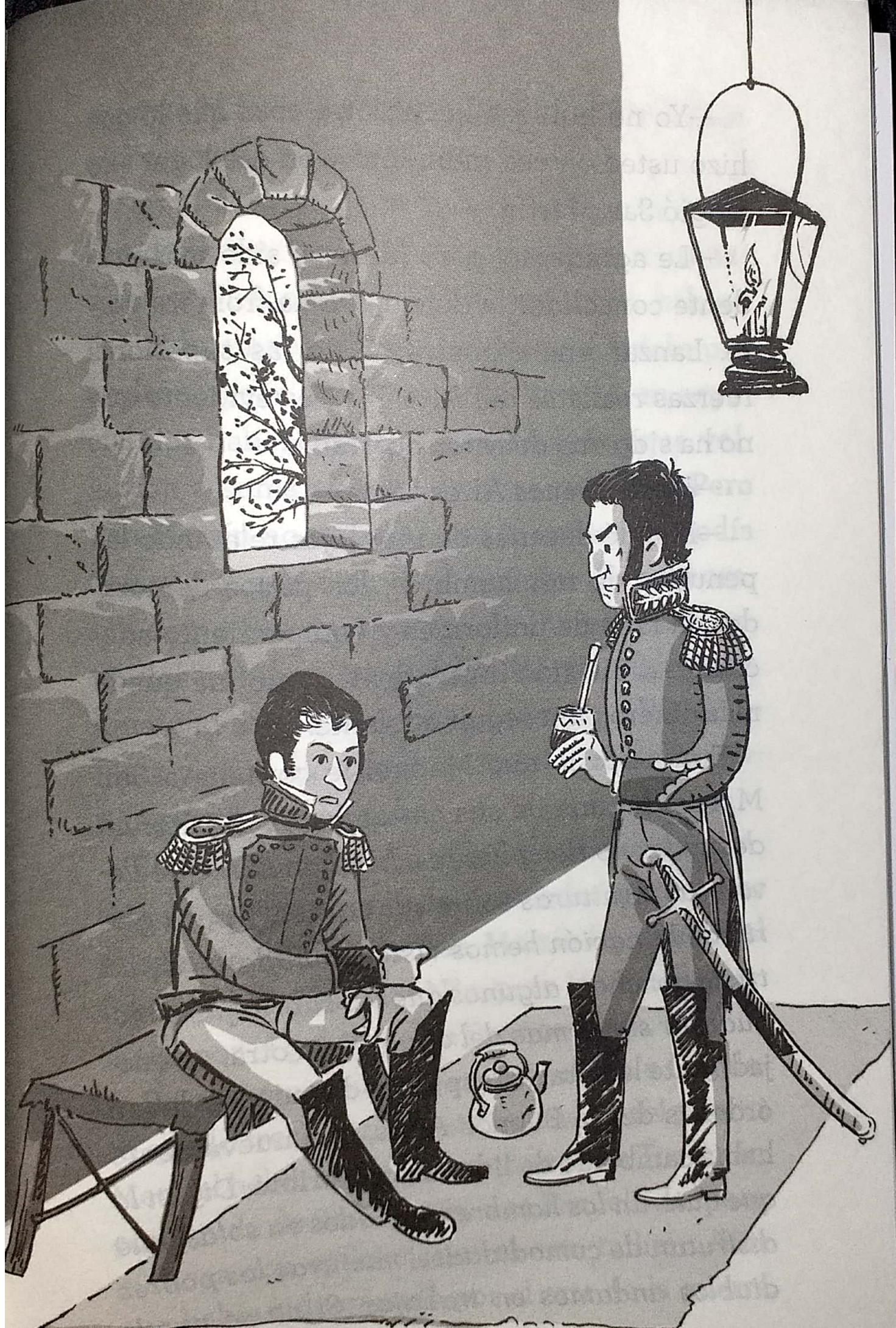
Avanzó hasta Santa Cruz de la Sierra, en Bolivia, pero el 1º de octubre Manuel se topó con una realidad durísima. En Vilcapugio lo esperaba el general Joaquín de la Pezuela con sus tropas leales a España. De los tres mil quinientos hombres con los que contaba al llegar, solo sobrevivió la mitad. Y tras haber desoído otra vez a los oficiales, que le proponían la retirada, presentó batalla y volvió a caer en Ayohuma, el 14 de noviembre.

Con el Alto Perú en poder realista, Manuel se replegó hasta Jujuy. En cuestión de semanas, para Buenos Aires, Manuel pasó de ser el héroe de los éxitos en Tucumán y Salta a ser el responsable de los fracasos independentistas en el norte.

Derrotado y afiebrado, con fuertes arranques de tos, el 30 de enero de 1814, en la misma posta salteña de Yatasto donde casi dos años atrás había recibido el mando del Ejército del Norte de manos de Juan Martín de Pueyrredón, Manuel tuvo que ceder la conducción de su diezmado batallón a José de San Martín.

Manuel y San Martín no se conocían personalmente. Habían intercambiado cartas, pero en Yatasto se vieron por primera vez. San Martín llegaba como el experimentado militar que había luchado en Europa y triunfado en San Lorenzo; Manuel, en cambio, no estaba en su mejor momento. Se abrazaron como si hubiesen sido compañeros de toda la vida y conversaron largamente. Criticaron a Buenos Aires, hablaron de los pocos líderes de verdad comprometidos con la independencia, de lo imposible de avanzar hacia el norte por tierra... Con pesar, Manuel dio a San Martín un detalle pormenorizado de lo ocurrido en Vilcapugio y Ayohuma.

—No sé si corresponde decirlo, pero es lo que creo: si las autoridades de Buenos Aires hubiesen atendido mis advertencias, hoy no estaríamos lamentando estas derrotas —se sinceró Manuel.



—Yo no hubiese hecho otra cosa que lo que hizo usted en ese momento y en ese lugar —lo elogió San Martín.

—Le agradezco, pero hubiese sido más prudente consolidar la defensa de la frontera norte. Lanzar una ofensiva sobre las superiores fuerzas realistas del Alto Perú es evidente que no ha sido una decisión acertada.

—¿Y de Buenos Aires, nada?

—Mandé decenas de mensajes relatando las penurias de mis hombres, los pagos demorados, la falta de uniformes y equipamiento adecuados.... Ha sido inútil. A mí ya no me queda más dinero para seguir adelante.

Era cierto lo que Manuel le contaba a San Martín. En una de sus cartas había escrito: *La desnudez no tiene límites: hay hombres que llevan sus fornituras sobre sus carnes, y para gloria de la nación hemos visto desnudarse de un triste poncho a algunos que los cubría para resguardar sus armas del agua.* Y en otra, ya enojado ante la falta de respuesta de quienes daban órdenes desde Buenos Aires, que nuevamente había cambiado de liderazgo, escribió: *Digan lo que quieran los hombres sentados en sofás, que disfrutan de comodidades, mientras los pobres diablos andamos en trabajos. Si no se puede*

socorrer al Ejército, si no se puede pagar lo que este consume, mejor es despedirlo.

San Martín había llegado a Salta con la orden de detener a Manuel y enviarlo de inmediato a Buenos Aires. Los porteños habían decidido, una vez más, someterlo a juicio por su desempeño en el frente de batalla, en especial por haber liberado a prisioneros que volvieron a sumarse a las fuerzas realistas. Pero San Martín no cumplió con la orden: no podía ser responsable de la detención de un hombre como Belgrano, autor de los primeros artículos sobre educación, industria, libertad e igualdad escritos por un criollo en el Río de la Plata y, para él, una de las mentes más necesarias para la revolución.

El 29 de enero de 1814, en Tucumán, ambos se presentaron a los soldados para hacer el cambio de mando. San Martín lo nombró al frente del Regimiento N° 1, pero Manuel fue llamado por el gobierno de Buenos Aires.

En el momento en que era subido a la galería que lo trasladaría hasta la ciudad del puerto, Manuel había dejado funcionando en Tucumán, con ayuda de San Martín, una Escuela de Matemáticas con aplicaciones al arte militar. Aunque había sido ganado por el arte de la guerra,

jamás abandonó su amor por el conocimiento y su vocación de enseñar.

De Europa a Tucumán

Nadie halló pruebas en su contra, de modo que Manuel fue sobreseído de todos los cargos. Liberado de los problemas judiciales, ahora lo que más lo preocupaba era su salud. El paludismo que había contraído durante las batallas lo postraba por la fiebre cada tres días. El tratamiento recetado por el médico de origen escocés Joseph Redhead²⁸ le salvó la vida.

Todavía convaleciente, pero sin posibilidades de negarse, debió aceptar que el gobierno lo designara, junto a Bernardino Rivadavia,

.....

28. Joseph James Thomas Redhead (Estados Unidos, 1767-1847) fue un médico de activa participación durante la Guerra de la Independencia en las provincias de Salta y Tucumán. También atendió al general Martín Miguel de Güemes.

para llevar adelante gestiones diplomáticas en Europa. Fernando VII había recuperado el trono de España tras la abdicación de Napoleón. La situación en el viejo continente había cambiado y se hacía necesario que el nuevo gobierno rioplatense fuese reconocido. Manuel tenía experiencia en relaciones exteriores, hablaba con fluidez varios idiomas y podía moverse con cierta naturalidad en Europa; era sin dudas una persona idónea para la misión.

El viaje en la corbeta *Zephyr* comenzó el 18 de diciembre, y el 12 de enero arribó a Río de Janeiro. Manuel y Rivadavia bajaron para entrevistarse con el embajador inglés. Permanecieron allí durante el verano y el 16 de marzo siguieron viaje. Casi dos meses después, el barco amarró en Londres. Manuel no sabía que Rivadavia llevaba una propuesta concreta a la corona inglesa: instaurar una monarquía de origen británico en el Río de la Plata. Pero en Buenos Aires y en Europa las cosas habían vuelto a cambiar. En el Río de la Plata, el cargo de director supremo ya no estaba en poder de Gervasio Posadas ni de Carlos de Alvear, sino de Ignacio Álvarez Thomas, sobrino político de Manuel, y la atención de los porteños estaba concentrada en combatir los alzamientos contra el nuevo

poder central que se producían en algunas provincias. En Europa, Napoleón había sido derrotado definitivamente en Waterloo. Ante este panorama, la idea de proponer que una hermana de Fernando VII asumiese como monarca rioplatense tampoco prosperó. Sin razones para permanecer en Londres, Manuel acató la orden que había recibido desde Buenos Aires, y volvió.

Como sus antecesores, Álvarez Thomas tampoco duró mucho en el cargo. Pero antes de dejarlo, firmó la convocatoria a un Congreso General Constituyente, que empezó a sesionar el 24 de marzo de 1816 en Tucumán. Hacia allá fue Manuel, convocado por su amigo Juan Martín de Pueyrredón, quien poco tiempo después sería nombrado director supremo de las Provincias Unidas por el Congreso.

En el largo y sinuoso camino, acompañado por el ruido de los cascos de los caballos y por las órdenes del cochero, Manuel tuvo tiempo para dar forma a una idea que venía lucubrando desde su travesía transoceánica: ¿por qué no instaurar como forma de gobierno una monarquía constitucional que tuviera en el trono a un descendiente inca? Un gobierno monárquico moderado sería reconocido más fácilmente por

los imperios europeos, representaría una digna forma de reparar las injusticias a las que venían siendo sometidas las culturas americanas desde 1492, y al tener a un inca como rey, podría contar con la adhesión del Alto Perú.

Hospedado en una de las casas de familia que habían ofrecido albergue a los representantes de las provincias reunidos para la asamblea, Pueyrredón lo recibió entusiasmado, y le cedió una cama en la que dormir, algo mucho más cómodo que las tiendas improvisadas donde se pasaba la noche al costado de los caminos. La sede del Congreso fue en lo de doña Francisca Bazán, viuda de Laguna, una casa de columnas en el frente y ventanas con rejas, lo suficientemente grande como para albergar a todos los congresistas²⁹.

La primera presentación de Manuel fue en una sesión secreta, el 6 de julio. La presidía Francisco Laprida, diputado por San Juan. Después de resumir con formalidad y precisión su experiencia en Río de Janeiro y Europa, Manuel concluyó:

—Caballeros, teniendo en cuenta el bienestar de estas Provincias, propongo un sistema

.....
²⁹. Hoy conocida como Casa de Tucumán.

de gobierno que incluya a un monarca, acompañado de un parlamento que nos represente a todos. Ese rey puede ser uno enteramente americano, descendiente de los antiguos incas que tienen los primeros derechos sobre este suelo.

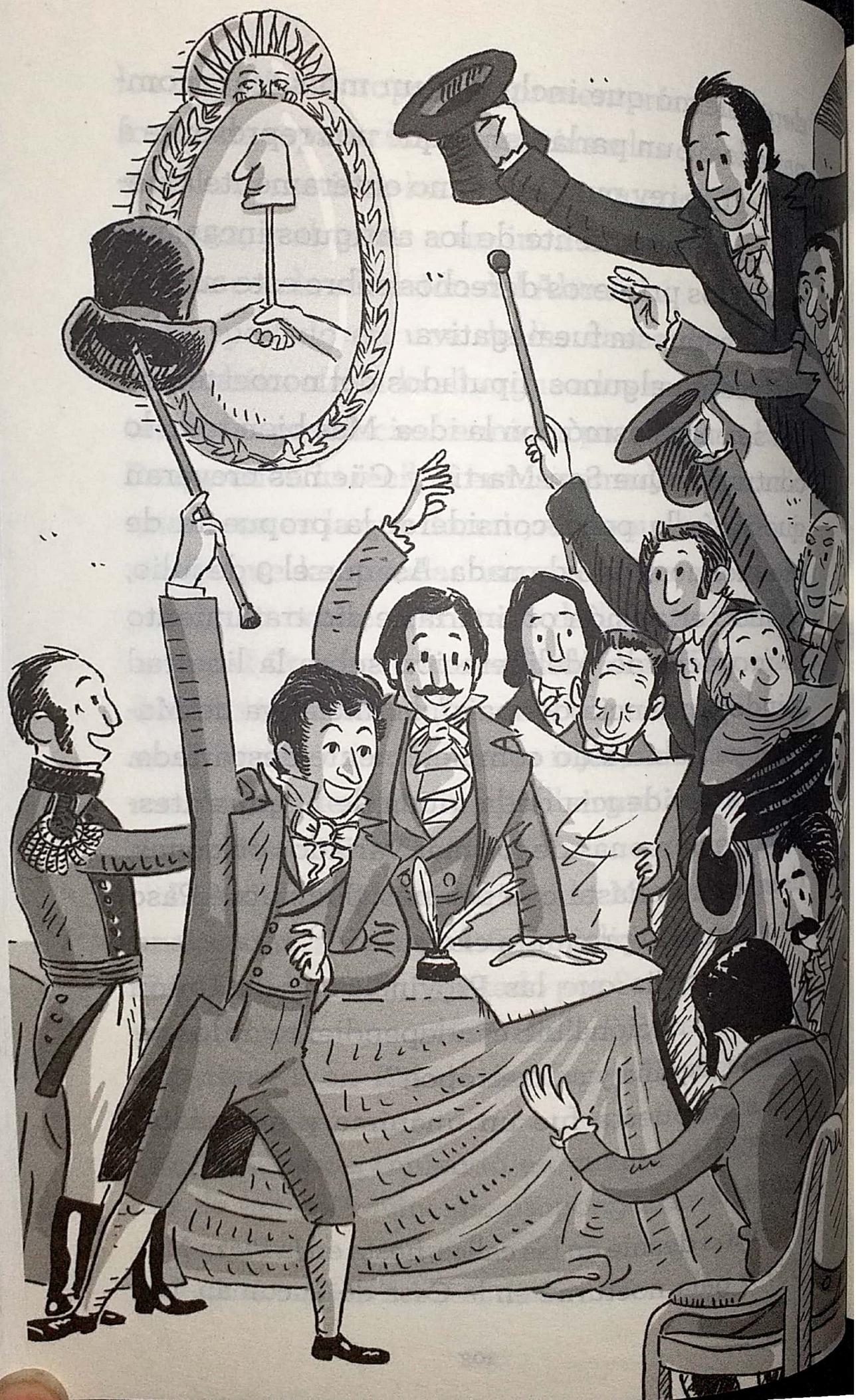
La respuesta fue negativa.

Excepto algunos diputados del noroeste, nadie se entusiasmó con la idea. Más bien todo lo contrario. Que San Martín y Güemes creyeran que valía la pena considerar la propuesta de Manuel no sirvió de nada. Así que el 9 de julio, cuando en sesión ordinaria se dio tratamiento al proyecto de "deliberación sobre la libertad e independencia del país", la iniciativa de Manuel ya había sido completamente descartada. Con la residencia de la viuda de Laguna atestada de personas de los más variados orígenes, desde ricos hasta campesinos, Juan José Paso pronunció la pregunta clave.

—¿Queréis que las Provincias de la Unión sean una nación libre e independiente de los reyes de España y su metrópoli?

La respuesta fue un unánime y atronador: "¡Sí!".

Hubo desfile en las calles, fiesta en la Plaza Mayor y gala nocturna en la Casa de Tucumán. No



era para menos: las Provincias Unidas del Río de la Plata habían declarado su independencia.

Poco después, Pueyrredón nombró a Manuel comandante del Ejército del Perú y capitán general de las Provincias.

El 25 de julio, solo unos pocos días más tarde, el Congreso resolvió algo más: decretó el uso de la bandera blanca y azul celeste creada por Manuel como insignia nacional.

La jura

—Soldados, una nueva bandera del ejército os presento, para que reconociéndola sepáis que ella ha de ser vuestra guía y punto de reunión.

Manuel se hizo cargo del Ejército del Norte el 7 de agosto en Trancas, un gran valle entre montañas, con mucho bosque y selva, bien al norte de la provincia de Tucumán. Con la firmeza y la seriedad que lo caracterizaban, y con la expectativa de una nueva y definitiva expedición al Alto Perú, apeló al patriotismo de su tropa, que venía de caer derrotada en Sipe Sipe, Bolivia, bajo las órdenes de José Rondeau.

—No la perdáis de vista en ningún caso, sea próspero o adverso, pues donde ella estuviere allí me tendréis. Jurad no abandonarla, jurad

sostenerla para arrollar a nuestros enemigos y entrar triunfantes, rompiendo las cadenas que cargan sobre nuestros pueblos hermanos. La América y la Europa os miran; sea el orden, la subordinación y disciplina que observáis y al fin admiren vuestros trabajos, vuestra constancia y vuestro heroísmo, como lo desea vuestro general.

En su calidad de comandante, ordenó que todos los cuerpos se alojasen en La Ciudadela, una fortificación rústica ubicada a no muchas leguas del centro de San Miguel de Tucumán, que San Martín había mandado construir cuatro años antes. Manuel también se instaló allí, en una casita para nada ostentosa hecha especialmente para él. Si bien podría haberse hospedado en alguna casa de familia, optó por quedarse con sus hombres.

Encomendó la custodia de la frontera norte a Martín Miguel de Güemes, gobernador de Salta y líder de un valiente ejército de gauchos que garantizaba que los realistas no avanzarían desde el Alto Perú. Güemes era mal visto por Buenos Aires, que desconfiaba del salteño como de todo caudillo provincial, pero se hizo amigo de Belgrano. De alguna manera, Manuel también había encendido en los hombres humildes de las provincias del norte, en los gauchos de

Güemes, la llama del deseo de libertad. Esa llama que Belgrano vio en Juana Azurduy, a quien nombró teniente coronel, un cargo militar por entonces completamente inusual para una mujer, y que le fue otorgado por su desempeño en las guerras por la independencia:

En testimonio de la gran satisfacción que han merecido de nuestro Supremo Gobierno las acciones heroicas nada comunes a su sexo, con que usted ha probado su adhesión a la santa causa que defendemos...

El mensaje firmado en calidad de capitán general de las provincias de Córdoba, La Rioja, Catamarca, Tucumán, Santiago del Estero, Salta y Jujuy no fue lo único que Juana Azurduy recibió de Manuel: él le entregó además su propio sable, como una forma de reconocer el valor y la lucha de esta increíble mujer, hija de un criollo y de una indígena, que se transformó en referente de los combates por la emancipación en el Altiplano.

Las batallas internas

En La Ciudadela, Manuel aguardó el momento ideal para encaminarse hacia el norte. Esperaba que desde Buenos Aires llegara todo el apoyo que semejante campaña requería.

Esperó. Y esperó. Pero eso nunca ocurrió.

Los sueños de Manuel chocaron con la realidad cruel cuando, por indicación del Congreso, que ahora sesionaba en la ciudad del puerto, debió enviar parte de su batallón a contener la revuelta liderada por Juan Francisco Borges en Santiago del Estero. Los santiagueños se habían declarado “pueblo libre” y ni Tucumán ni Buenos Aires estaban dispuestas a tolerarlo. El Congreso dictaminó fusilar a Borges. Manuel, que había mandado que se cumpliera la orden,

a poco de haberla impartido se arrepintió e indultó al caudillo santiagueño. Lamentablemente, llegó tarde...

Para 1819, la conquista del Alto Perú había sido abandonada como plan. Manuel comprendió que, más allá de sus intenciones, el ejército de dos mil quinientos hombres que con gran esfuerzo había logrado recuperar ya no tenía por misión echar al enemigo de ese territorio, sino la represión de las sublevaciones provocadas por el cada vez más menos federal gobierno porteño. El presupuesto militar era destinado al combate de las revueltas internas y, en menor medida, al ejército de San Martín, que preparaba la expedición libertadora del Perú.

Durante su estadía en Tucumán, Manuel se enamoró de María de los Dolores Helguero. La conoció en la fiesta de aniversario del 9 de julio y quedó encandilado. Pero ya por entonces su salud daba nuevos signos de debilidad. Cuando se le ordenó bajar a Santa Fe para frenar al caudillo Estanislao López, que había combatido con él en Paraguay, decidió que ya era hora de irse de Tucumán. San Martín se había negado a pelear contra sus propios compatriotas de las provincias, pero Manuel no podía hacer lo mismo; era su amigo Pueyrredón quien se lo exigía. Así que

envió algunos de sus hombres a Santa Fe y él se marchó hacia Córdoba. Pasó por la Capilla del Pilar, por la posta de la Candelaria, y se quedó en Cruz Alta, en el sur cordobés, en muy terribles condiciones de salud, algo que sin embargo no commovía a sus superiores, más preocupados en Buenos Aires por sus propios intereses políticos de clase alta que por el destino de los hombres enviados al frente de combate.

Con fuertes dolores en el pecho y en las piernas, pidió licencia por enfermedad. Delegó sus tropas en su segundo, Francisco Fernández de la Cruz, y acompañado por varios soldados, volvió a Tucumán. Allí no solo estaba Redhead, su médico personal, que ya le había salvado la vida una vez. También lo esperaba Manuela Mónica, su hija recién nacida, fruto de su vínculo con Dolores.

El regreso final

Tucumán no fue el mejor lugar para descansar. Apenas llegó, el 11 de noviembre de 1819, un violento motín protagonizado por rebeldes que se oponían a las órdenes de Buenos Aires derrocó al gobernador.

En su condición de militar porteño, Manuel fue detenido. Lo fueron a buscar a su casita en La Ciudadela, adonde había vuelto a instalarse. Como estaba en cama, los líderes de la revuelta se condolieron y, a pedido del médico, aceptaron no encadenarlo. Redhead ya sabía que lo que estaba acabando con la salud de Manuel no eran ni la sífilis ni el paludismo que había contraído en 1813, sino la

hidropesía³⁰, que le impedía moverse y hasta respirar.

Pasaron pocos días y el gobernador fue restituido en su cargo, pero con una condición: des-
conocer las órdenes que llegasen desde Buenos
Aires. Manuel fue dejado en libertad. Visible-
mente deteriorado, en compañía de Redhead,
de su capellán y sus sargentos mayores, y des-
pués de conocer a su pequeña hija, volvió a su-
birse a una silla de montar, esta vez con destino
a su casa natal, en Buenos Aires. Pudo costear
el viaje de regreso gracias a un comerciante
amigo que le donó lo que ni el gobierno tucu-
mano ni el porteño quisieron facilitarle.

El mes y medio que duró el viaje hasta la ca-
sona familiar resultó una pesadilla para Ma-
nuel, que tenía dolores repartidos por todo el
cuerpo. Lo recibieron su hermana Juana y su
hermano Domingo, el cura. Era evidente que
había vuelto para pasar sus últimos días en el
lugar donde había nacido. Pero ese ya no era
el hogar de una familia rica de Buenos Aires.
Y Manuel no traía ni una moneda en sus alfor-
jas. Aunque nunca dejó de reclamarlos, jamás

.....
30. Excesiva retención de líquido en vientre, tobillos, muñecas y
cuello, como consecuencia de serios problemas en los riñones.

pudo cobrar los trece mil pesos que el gobierno le debía en concepto de sueldos atrasados.

Quiso pagarle a Redhead con un reloj de oro que le había regalado el rey Jorge III de Inglaterra. Dictó algunas cartas, y el día 25 de mayo dictó también su testamento, aunque tenía más deudas que propiedades.

El 20 de junio de 1820, a las siete de mañana, Manuel falleció.

Nadie lo consideraba un prócer.

Nadie podía comprender aún la trascendencia que sus ideas revolucionarias y sus actos decididos y valientes iban a tener para la historia de la Argentina.

Nadie era capaz todavía de advertir que acababa de irse un hombre extraordinario.